Serguéi Antónov

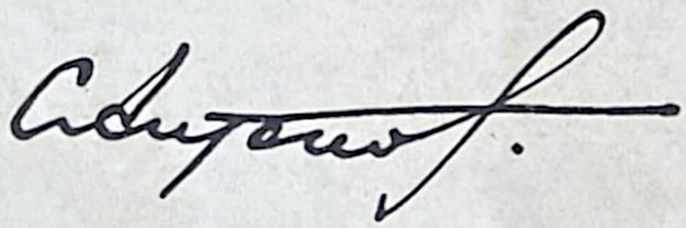
SU PRIMER EMPLEO

Serguéi Petróvich Antónov, hijo de un ingeniero de ferrocarriles, nació en 1915. Al terminar la escuela secundaria, trabajó como hormigonero, albañil y montador. Cursó estudios en el Instituto de Construcción de Carreteras, fué ingeniero de la edificación y profesor de la Escuela de Peritaje de Maquinaria de Caminos y Carreteras de Leningrado.

Durante la Gran Guerra Patria, sirvió en las tropas de ingenieros zapadores del Ejército Soviético, contrayendo méritos que le valieron la Orden de la Estrella Roja, la Orden de la Guerra Patria de segunda clase y tres medallas.

Publicó su primer relato, "La primavera", en 1947. A partir de entonces se inician sus actividades literarias. Una recopilación de relatos suyos, titulada "Las máquinas avanzan por la carretera", mereció el Premio Stalin en 1950. En el mismo año, se editó la recopilación "Gente pacífica"; en 1951, un extenso relato titulado "Coplillas de Poddubki"; en 1952, la recopilación "Su primer empleo", y en 1954 vió la luz una colección de sus obras escogidas del período de 1947 a 1953.

La actualidad soviética, el hombre de filas de la U.R.S.S. que transforma su Patria mediante el trabajo: he ahí los temas de los poéticos relatos del novelista soviético Serguéi Antónov.



NOVELAS CORTAS SOVIETICAS

SERGUEI ANTONOV

SU PRIMER EMPLEO

(RELATO)

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
Moscú

TRADUCIDO DEL RUSO

POR LUIS A. VARGAS

Cuando se graduó en el instituto, Nina Kravtsova fué destinada a las obras de un edificio de gran altura. Nina vivía con sus padres en una tranquila calleja moscovita con pavimento de piedra. Días después de defender la tesis de licenciatura y de recibir el diploma de ingeniero, festejó sus veintitrés años; no obstante, al verla por primera vez, muchos creían que estudiaba en el primero o en el segundo curso del instituto, y no le echaban más de veinte años. Difícil sería explicar la causa. Tal vez fuese porque durante todo el período de su estancia en el instituto no se desprendió totalmente de sus costumbres de colegiala y llamaba "nuestros chicos" a estudiantes que ostentaban ya un respetable bigote, o quizá porque sus ojos, grandes y confiados, dispuestos a gran distancia el uno del otro, y su naricilla chata, con huellas de pecas infanti-

les, desorientaban a la gente. Y sólo quienes conocían bien a Nina se admiraban de la rapidez con que habían madurado su inteligencia, su perspicacia y sus habilidades prácticas.

En la Dirección de la empresa constructora le dijeron: "El edificio ha empezado a erigirse hace poco, y aun no está completa la plantilla de ingenieros y peritos. Esperamos que nos ayudará usted, ingeniera Kravtsova". Y en las últimas palabras, captó Nina un deje conocido: la ironía condescendiente del adulto que habla con una niña. Pero esta vez no se enfadó.

— No importa —pensó camino de su casa—. Cuando comience a trabajar, hablarán conmigo de otra manera. El jefe de las obras me espera dentro de un mes. Mi renuncia a las últimas vacaciones estudiantiles le agradará.

A la mañana siguiente, se puso un vestido claro de seda y unas zapatillas, tomó su bolso blanco, alquiló un taxi —por primera vez en su vida— y se fué a las obras. En el bolso llevaba los documentos: el carnet del Komsomol, envuelto en papel de celofán, el pasaporte, con una anotación ya anticuada: "Estudiante", y el diploma de ingeniero, nuevecito,

con un número de seis cifras y, tras la palabra "Diploma", una adición en letras rojas: "de honor".

La armadura de acero del edificio, semejante a una enorme estantería, se divisaba desde lejos; sin embargo, para llegar hasta allí hubo que viajar mucho por diversas calles, tan pronto en dirección a las obras como, al parecer, alejándose de ellas.

— ¿Trabaja usted allí? —le preguntó el chófer.

— Sí —respondió Nina tras una breve reflexión.

— ¿Tendrá muchos pisos?

Ella no lo sabía aún.

— Veintiséis —dijo, con aire descuidado; pero, sospechando que el chófer hubiese hecho la pregunta para probarla, añadió—: Sin contar la torre.

Llegaron, por fin, y Nina se encaminó al portalón. Pesados camiones volquete y mujeres con pantalones de lona entraban en el recinto de las obras. Junto al portalón la detuvo un anciano de chaqueta corta, quien le hizo el saludo a lo militar y murmuró, como disculpándose, que a los extraños les estaba prohibido el paso. Un tanto enfadada, Nina decla-

ró que no era extraña, para confirmación de lo cual presentó su diploma.

— Ese documento no sirve aquí —suspiró el viejo—. Vaya a la entrada y pida un pase.

"Todo el mundo va sin pase, y a mí me lo exigen" —enojóse Nina más aún.

— He venido a hablar con el jefe de las obras —dijo con severidad poco lograda.

— Da igual. Con el jefe o con quien sea, el pase tiene que llevarlo, señorita —pronunció tristemente el anciano—. Llame por teléfono al número treinta y siete.

Pronto le dieron una cartulina, y pasó al territorio de muy mal humor.

Una proporcionada armadura metálica, compuesta de soportes y vigas de acero, se abría paso hacia el cielo. Ahora, mirándola desde abajo, distaba ya mucho de parecer una estantería: majestuoso, como dibujado en el aire, el esbelto gigante se internaba en las alturas, cual si quisiera ganar el firmamento azul. Las nubes, flotando en el cielo, daban la impresión de que el enorme esqueleto caía lentamente. Camiones volquete, con estruendo de sus cajas de acero, iban y venían en distintas direcciones, llevando arena, hormigón, cajones de ladrillos; pasaban, asimismo, camiones con planchas de hormigón armado y con tuberías de hierro. Nina oyó sobre su cabeza el chasquido de un altavoz y una voz femenina con acento ucraniano, que decía: "Jefe del sector número tres: pida inmediatamente el transporte que necesite. Repito, Iván Pávlovich: el ingeniero-jefe quiere saber el transporte que necesita usted. Repito. Iván Pávlovich, haga el favor..." —Pero lo que repitió el altavoz no se oyó: allá arriba, a gran altura, comenzaron a golpear un soporte con un mazo, y la armadura sonó como una guitarra. Una multitud de hombres trajinaba en la ejecución de sus respectivas faenas; un muchacho con un banderín rojo de señales pasaba presuroso, seguido de un electricista que llevaba la lámpara de control en un enchufe y como arrancada de una instalación junto con los cables. A la vera de una valla, una muchacha con zarcillos de cobre clavaba un cartel, en el que se leía: "Montador pon orden en tu lugar de trabajo". Después de la palabra "montador", faltaba el signo de puntuación. En el fondo de su alma, Nina se compadeció de aquella muchacha —¡en una obra tan interesante ejecutar un trabajo tan baladí!—, y se dirigió a la oficina.

El director estaba ausente. La secretaria, una jovencita, aconsejó a Nina, con bastante indiferencia, que se pasase por la sección de personal —la tercera puerta a la izquierda— para rellenar un cuestionario. El jefe de la sección de personal también recibió a Nina sin gran interés. Sacó de una caja fuerte los impresos del cuestionario; le previno que se prohibía tachar, borrar y contestar "no" a secas y que era preciso dar respuestas completas a las preguntas allí formuladas. "Nada tiene de particular —trataba Nina de consolarse—. Todos los días ingresa gente nueva. ¿Por qué razón van a darme trato de favor?" Luego estuvo sentada en la antesala, esperando al director de las obras, hasta que la secretaria le aconsejó que entrase a ver a Román Gavrílovich, el ingeniero-jefe.

— ¿Quiere hacer el favor de anunciarme? —pidió Nina, apretando los labios con aire de importancia.

— ¿Para qué? Pase sin más ni más.

El despacho del ingeniero-jefe era tan pobre en mobiliario como la antesala. Sobre la mesa de escritorio no se veía otra cosa que un ladrillo: un ladrillo rosáceo y hueco, de lo más ordinario. Sentado a la mesa, un hombre alto

y flaco, de manos escuálidas y tostadas, hablaba por teléfono. Su negra cabellera estaba surcada por hebras de plata. "Es nervioso" —pensó Nina al ver en la mesa unas cuantas gnapillas unidas en cadena.

— Y ahora busque el plano KR-272 —dijo el ingeniero-jefe con voz un tanto ronca a su interlocutor, al tiempo que miraba atentamente a Nina—. Dese prisa. ¿Lo ha encontrado? ¿Ve usted a la izquierda, junto al hueco de la ventana, el número 1240? Pues añada la altura de un puntal y ése será el nivel para vuestras andamiadas. No, imposible más bajo. Ni siquiera diez centímetros. —El ingeniero-jefe frunció las pobladas cejas, su vista se detuvo en el bolso blanco, y Nina, para sus adentros, se enfadó consigo misma por haberlo traído—. ¿Que no hay dónde sujetar los andamios? ¡Piense un poquito, querido mío! Busque el plano KR-221... Deje fuera los extremos de unas vigas..., coloque unos calzos...

El ingeniero-jefe colgó el aparato y preguntó sorprendido:

— ¿Me necesita usted?

— Sí... —Nina hubiera querido llamarlo por el nombre y el patronímico, pero se había

olvidado de éste último—. Me han destinado a trabajar aquí.

El ingeniero-jefe abrió el diploma y se puso a leer atentamente las calificaciones por asignaturas.

— Un diploma sin tacha —comentó finalmente—. Confío en que siempre seguirá siendo así.

— Yo también confío —pronunció Nina con gravedad.

— No es tan fácil —el ingeniero-jefe miró de soslayo el cuestionario y repitió—: No es tan fácil, Nina Vasílievna. La gente joven e instruída de nuestros días tiene muchas pretensiones legítimas. Aquí no le gusta esto; allí, aquello. Como es de suponer, comienza a mariposear de un trabajo a otro, y en todas partes va mostrando su diploma de honor... Ya se entiende: con tanto manoseo, se ensucia...

— Yo creo que.... —comenzó a decir Nina.

— ¿Dónde hizo usted las prácticas antes de defender la tesis de licenciatura? —la interrumpió sin miramientos el ingeniero-jefe, por cuyo tono advirtió Nina que ella era ya la subordinada, y él, el jefe.

— En Yaroslavl —respondió—. Como necesitaba reunir materiales para la tesis, pedí

que no se me mandase a un puesto de responsabilidad. Y se me encomendó un trabajo que no guardaba relación directa con la construcción... Hasta vergüenza da decirlo...

— ¿Qué trabajo le dieron?

— La inspección de la seguridad del trabajo.

Sonó el teléfono y el ingeniero-jefe dijo: "Llame más tarde. Estoy ocupado". Volviendo a colgar el aparato, observó:

— Muy a propósito.

— ¿Qué es lo que viene a propósito? —Nina no entendió a qué se refería.

— Verá usted: para el cargo de ingeniero inspector de seguridad del trabajo solemos nombrar a personas de experiencia, calvas y canas. Pero nuestro ingeniero ha caído enfermo estos días y no nos queda otro remedio. Tendremos que designarla a usted.

— ¿Para colgar carteles con faltas de ortografía?

— Entre otras cosas para colgar carteles; sólo que sin faltas. Usted misma comprenderá que los errores en ese cargo son inadmisibles de todo punto.

"Si no rehuso categóricamente ahora —pensó Nina—, me será cada vez más difícil

conseguir un verdadero trabajo de constructora". Oprimió entre sus manos el bolso y, abandonando al punto el tono oficial, murmuró:

— ¡Oh, no, de ningún modo!... Ese cargo no lo acepto.

— ¿Por qué? —interesóse el ingeniero-jefe, llegando casi a juntar las cejas, mientras pasaba aceleradamente las cuentas del rosario de grapillas con sus sarmentosos dedos.

— Hágase cargo usted mismo: ¿qué trabajo es ése, Román Gavrílovich? —Nina se acordó del nombre y del patronímico, aunque, por su nerviosismo, ni se dió cuenta—. En el instituto me han enseñado a construir, y eso es lo que yo quiero. En un trabajo como el que me ofrece, no haría más que pelearme con la gente. ¡No, de ninguna manera!...

— ¿Ve usted? Ya tenemos la pretensión número uno —el ingeniero-jefe sonrió con aire de fatiga—. Le propongo una transacción: mientras nuestro viejo esté en el hospital, lo sustituirá usted. Y entre tanto, busque; elija un sitio a su gusto, y le prometo que tendré en cuenta sus cualidades. Cualidades que, dicho sea de paso, desconocemos por ahora. De momento, usted es para mí igual que un gato en un saco. Y para usted misma también.

— ¿No olvidará usted su promesa?

— No estamos en un jardín de la infancia, Nina Vasílievna.

Salieron al territorio de las obras. Atenta a no clavarse en las manos alguna astilla de la escalera portátil, Nina subió detrás de Román Gavrílovich a una enorme sala casi sin techar. Soportes de doble T, algo mohosos, se elevaban hacia el cielo. Cables con aislamiento resinoso iban en todas direcciones; aquí y allá había montones de arena húmeda. A poca distancia, se veía un alto cajón cubierto de cartón alquitranado y con numerosos letreros: "Parte superior", "No inclinarlo", "Precaución". Una cabina montada a la buena de Dios, a base de tablones sin descortezar, se erguía en un ángulo. Su portezuela mostraba una calavera dibujada con una inscripción negra: "Peligro de muerte. Alta tensión". Al ingeniero-jefe se acercó un hombre con el sombrero inclinado sobre la nuca; miró asombrado a Nina y preguntó:

— ¿Qué hay de la hormigonera, Román Gavrílovich?

— Mande un remolcador para que la traiga —repuso el ingeniero-jefe.

Nina se detuvo junto a un cofrecillo de hierro sobre ruedas y miró hacia arriba, hacia la vertiginosa altura, donde un soporte, suspendido en los cables de una grúa, se mecía y desplazaba lentamente. Trepidó de pronto el cofrecillo y echó a temblar como enfebrecido. Nina se apartó con un estremecimiento.

— No tenga miedo —sonrió el ingeniero-jefe, es el transformador para la soldadura: se conecta cuando empiezan a soldar. No pasa nada más.

— No, si no tengo miedo —replicó Nina con picardía—. No he hecho más que retirarme...

— Esta es la sala de banquetes —continuó Román Gavrílovich, indicando con un amplio ademán desde los montones de arena hasta los soportes mohosos—. Allí estará la orquesta. De aquí sacarán el champán helado y otras golosinas. Nos encontramos en el sector número tres, el núcleo principal de las obras...

Nina percibió un leve silbido, y un objeto golpeó fuertemente y atravesó la tapa del cajón.

— ¿Qué es esto? —preguntó perpleja.

— La consecuencia de que no tengamos ingeniero inspector de seguridad del trabajo —respondió el ingeniero-jefe—. Fíjese allí: en el piso dieciséis hay un soldador trabajando. Pues ha sido él: después de quemar un electrodo, ha dejado caer el cabo.

— ¡Pero es que así puede matar a cualquiera!...

— En efecto... De momento tendremos que suspender la conversación. Estos casos hay que cortarlos en el acto.

— ¿Va usted a hablar con el soldador?

— No, voy a ver al jefe del sector.

— Pues entonces iré yo a ver al soldador, ¿qué le parece?

Nina encontró la escalera y corrió hacia arriba. Los peldaños, de rejilla de hierro, tintineaban bajo sus pies. La escalera parecía transparente, y se divisaba muy bien a los que iban por debajo. "De seguro que me he dejado ya atrás el piso dieciséis" —pensó, deteniéndose a tomar aliento. En dirección contraria, canturreando, venía la muchacha de los zarcillos de cobre.

— ¿Qué piso es éste? —le preguntó Nina.

— El noveno. ¿A cuál necesita usted ir?

— Al dieciséis. Hay soldadores trabajando allí, ¿verdad?

— En el dieciséis no está más que Arséntiev.

Desde algún punto del cielo, tronó el altavoz: "Jefe del sector número tres: el ingeniero-jefe lo espera a usted en su despacho. Repito. Iván Pávlovich: diríjase inmediatamente a su despacho. Lo espera a usted el ingeniero-jefe..."

Contando los pisos, Nina llegó hasta el dieciséis y se detuvo en un estrecho rellano.

A dos carreras de ella, a horcajadas sobre una viga, había un muchacho con zamarra y pantalones de lona gruesa. Por debajo, entre los soportes de la armadura, volaban pájaros. Cubría el rostro del joven, a modo de visera, una careta con una ventanilla; y él, atentamente inclinado sobre un cruce, "atrapaba" con el soplete las líneas horizontales. Fajado con un ancho cinturón de seguridad, del que partía una cadena sujeta a una argolla del vecino soporte por medio de un gancho de mosquetón, el muchacho parecía sentirse a tal altura como en su propia casa. Había colgado la gorra de un tornillo del soporte, y el bolso con los electrodos, de otro.

— Buenos días —dijo Nina.

El mozo se levantó la visera, y la joven vió sus ojos grises entornados, sus labios finos, comprimidos en un gesto de impaciencia, las ágiles aletas de su nariz, el pelo enmarañado. Mirando a Nina con sorna, respondió:

— Muy buenos los tenga usted. ¿Ha venido de paseo?

— No, no he venido de paseo. ¿Cómo se apellida usted?

— Petrov.

— ¿Su nombre y su patronímico?

— Piotr Petróvich. Nacido en 1928. No he servido en el ejército blanco ni he estado procesado nunca...

— Pues como siga usted trabajando así, camarada Arséntiev, quizá tenga que responder ante los tribunales —dijo Nina, tratando de arrugar el entrecejo como lo hacía el ingeniero-jefe—. Y su biografía de usted no será entonces tan brillante.

— ¿Se puede saber quién es usted? —inquirió sorprendido Arséntiev y colocó el soplete en una viga.

— Recoja eso... —Nina desconocía cómo se llamaba el instrumento y quedó cortada—.

Recoja esa manivela. Si le cae a alguien en la cabeza, ¿quién va a responder?

— ¿Pero se puede saber quién es usted? —La sorpresa de Arséntiev iba en aumento.

— No tiene importancia. Soy la ingeniera inspectora de seguridad del trabajo.

— ¡Acabáramos!... Pues tendría que responder usted —contestó el soldador con serenidad—. Hay que poner redes de protección.

— Sí, claro, lo único que falta es que la culpa la tenga yo. En primer lugar, sepa que no llevo aquí más que un día —comenzó diciendo Nina, mas al darse cuenta de que hablaba en són de disculpa, terminó bruscamente—. Y en segundo lugar, tendrá que responder usted por haber tirado abajo un cabo de electrodo.

— ¡Imposible!

— Le pasó al ingeniero-jefe a medio metro de la cabeza.

— ¡Imposible! —repitió Arséntiev—. Yo guardo todos mis cabos en una bolsa.

— ¿Así que usted cree que habrá caído del cielo?

— Es lo más seguro. Yo tengo todos mis cabos en la bolsa. Venga y cuéntelos si es que no me cree.

"Piensa que nunca me atreveré a pasar por aquí —adivinó Nina, pálida de indignación—. ¡Pues ahora verá!" — Y puso el pie en la estrecha franja de la viga.

Cae de su peso que en otras circunstancias Nina no hubiese dado ni dos pasos por una viga bajo la cual volaban las aves, pero era vehemente, y la irónica actitud del soldador en un asunto tan serio terminó por sacarla de sus casillas. Atravesó la carrera inmediata, bordeó rápidamente el primer soporte, siguió por la segunda viga y sólo reparó en lo que había hecho cuando allá abajo, muy lejos —como si minase con unos gemelos al revés—, divisó un diminuto camión cargado de ladrillos y al minúsculo abuelo de la entrada haciéndole el saludo a alguien. Sintió un vértigo instantáneo y se abrazó a un soporte. "De aquí no salgo —fué su primer pensamiento—. Para que volviese tendrían que poner el suelo".

— No se arrime al soporte, que se va a manchar —la previno el soldador.

— No se preocupe —oyó Nina su propia voz.

Resuelta a habituarse a la altura, hizo un esfuerzo para obligarse a sí misma a mirar

hacia la lejanía. Vió multitud de tejados rojos, negros, verdes, plateados, miles de chimeneas encaladas, brillantes macizos vegetales entre los edificios, patios cuidadosamente barridos y la argéntea cúpula del Planetario. De un puente partía una arteria anchurosa y curva, marcada con líneas blancas, y Nina identificó la calle en que a diario compraba el pan. Corrían por ella trolebuses de techo amarillento, y una larga caravana de camiones iba rumbo a las afueras de la ciudad. A veces asomaban por las esquinas tranvías que atravesaban la calle muy lentamente y, ¡cosa rara!, desde aquella altura parecían negros. En los cruces se concentraban por bandadas los automóviles "Pobieda". Nina divisó en el puente un remolcador, acaso el mismo que fué por la hormigonera; y no muy lejos de allí, brillaba con destellos cegadores la techumbre encristalada de una estación del ferrocarril. A gran distancia de ella, más allá de unas casas y de unas fábricas, se erguía, como dibujado en el horizonte, el blanco edificio de la Universidad. Mirar lejos no la atemorizaba y hasta se le hacía interesante. Mas bastaba que Nina viese el portalón, la entrada y al abuelo, para que

la cabeza comenzase de nuevo a darle vueltas: el miedo a la altura se apoderaba de ella y la hacía cerrar los ojos.

Entre tanto, Arséntiev había descolgado la bolsa y extraído de ella varios electrodos:

— Mire usted, camarada ingeniera: saqué del depósito veinticinco, puede usted comprobarlo por el vale. Me quedan intactos éstos... —Comenzó a contarlos mientras Nina pensaba, sin abrir los ojos: "¿Cómo voy a arreglármelas para llegar hasta la escalera?"

— Aquí tiene. Diecinueve —prosiguió el soldador—. Y cinco cabos. Mírelos: uno, dos, tres, cuatro y cinco. Uno tengo en el soplete. Total...

— ¿De dónde ha caído, pues, el cabo? —preguntó Nina.

— ¡Qué sé yo! Quizás se le haya caído a Mitia.— Arséntiev miró hacia arriba.

Sentado en el piso inmediato superior, un mozo pelirrojo, que tenía puesta la gorra con la visera hacia atrás, también estaba soldando un cruce.

— ¡Mitia! —lo llamó Arséntiev. El muchacho se levantó la careta protectora, miró hacia abajo, mostrando un rostro ancho y bonachón, de nariz gorda y ojos distantes, un

tanto hinchados, como es corriente entre los soldadores.

— ¿Qué quieres? —preguntó.

— ¿Eres tú el que les tira los cabos a los jefes?

— ¿Y qué?

— Pues que han venido de parte del fiscal —Arséntiev hizo un guiño a Nina—. Ya verás: ahora bajará, dará parte, y te echarán diez años. Para que aprendas a tener cuidado...

— Lo siento mucho —secundó Mitia la broma de su compañero—. A veces se descuida uno. El año pasado, en aquella casa que hay allí, trabajaba de montador el tío Efim y solía decir: "Cuando estoy a mucha altura, se me cae todo como si fuera un árbol carcomido". Si no queréis, no me creáis, pero llevaba atada con cuerdas la gorra, el lápiz, el pañuelo, las cerillas y los cigarrillos. Un Árbol de Navidad enteramente. Os quejáis de que se me haya caído un cabo. Pues debéis saber que a esta altura la atención del hombre tira por un solo camino: no se preocupa más que del trabajo y de sí mismo, pues si va a fijarse en cada menudencia puede darse el gran tortazo. Para que no cayera nada, habría que po-

ner redes por debajo. La dirección debe pensar en eso.

— ¿Va usted hacia abajo? —dirigióse Arséntiev a Nina.

— No sé...

— Si pasa usted por el despacho del sector número tres, hable allí de las redes.

— Bueno.

— O dígaselo directamente al ingeniero-jefe.

— Está bien, Piotr Petróvich.

— Mi verdadero nombre es Andréi. Ha sido una broma... ¿Y cómo preguntar por usted, si se tercia?

— Nina Vasílievna.

— Se tendrá en cuenta. Pues yo pensaba que había venido usted de paseo. Pero en cuanto la vi llegar aquí comprendí que no. Raro es el que se encaraña a este tinglado... De manera que no se olvidará usted de las redes... —volvió a recordárselo y, bajando la careta protectora con un leve movimiento de la cabeza, reemprendió su labor.

"¿Qué hacer ahora? —pensó Nina—. Haz de tripas corazón, pero regresa, ingeniera Kravtsova... Quizá no hayan tenido tiempo ni siquiera de redactar la disposición desti-

nándote a tu cargo". Miró, encendida de envidia, a la gente que pisaba tierra firme. Reconcentrando toda su voluntad, quiso desprenderse del soporte, pero se mareó, sintió un hormigueo en los talones y se percató de que no podía dar un paso.

Mientras tanto, el trabajo proseguía alrededor de ella como si tal cosa. Allá abajo hacían señas los camiones, tronaba la armadura, repiqueteaban las barrenas neumáticas con acompasado martilleo; a unos diez metros de Nina, dentro de la encristalada cabina de una grúa, una muchachita de ojos azules movía las palancas, y el enorme aguilón proyectaba su silueta sobre los soportes, como la sombra de un aeroplano.

— ¿Todavía está usted aquí? —preguntó Arséntiev, quitándose la careta.

— Lo que le pasa es que tiene miedo —gritó desde arriba Mitia y se echó a reír—. Con perdón sea dicho...

— Pues no es para reírse —barbotó desesperada Nina.

— Ya lo sé que no es para reírse. Aquí se recomienda una cosa: creerse que está uno abajo. Así no pasa nada. Un norteamericano colocó una tabla entre dos rascacielos y apos-

tó a que pasaba por ella con los ojos vendados. "No veo ninguna diferencia —dijo—. Llevando los ojos vendados, me da igual donde esté la tabla: en el suelo o a doscientos metros de altura". Le vendaron los ojos y echó a andar. Ni que decir tiene que se dió el trastazo padre...

— ¿Has terminado? —le espetó Arséntiev lleno de enojo.

— ¿Por qué lo dices?

Arséntiev miró desconcertado a Nina y, después de una breve meditación, preguntó:

— ¿Piensa usted quedarse así mucho tiempo?

— No sé.

— Pues es la mar de bonito. No querrá que la lleve en brazos hasta la escalera...

— No, no, ¡qué va!... Por favor, a ver si se le ocurre alguna solución.

— Yo me la llevaría en brazos, pero el asunto es serio y no quiero cargar con semejante responsabilidad. No ideas más que cuentos para asustar a la gente —dirigióse a Mitia—. Más valdría que aconsejaras algo.

Los dos se estuvieron mirando largo rato.

— Muchachos, yo me caigo —murmuró Nina tratando de cerrar los párpados trémulos.

— Si estuviera puesto el suelo, ya pasaría —sentenció Mitia, por fin.

— ¿Es todo lo que tenías que decir? —lo interrumpió nuevamente Arséntiev. Luego, con repentino impulso, se levantó y gritó a la muchacha de ojos azules que dirigía la grúa—: ¡Marusia! Di que manden aquí dos planchas del número cinco. Cuando baje se lo explicaré al maestro de obras.

Nina vió a la muchacha asentir, hablar por teléfono y mover las palancas. Desplazóse por el cielo el enorme aguilón, y pronto una plancha cuadrangular de hormigón armado se balanceaba sobre la cabeza de Arséntiev.

— ¡Más, un poco más! —gritó éste alzando el brazo.

La plancha cayó lentamente sobre las vigas, y Nina se encontró de buenas a primeras con un suelo de hormigón en el que alguien había impreso para siempre la huella de su enorme suela. Al cabo de unos cinco minutos, otra plancha como la anterior vino a colocarse en la segunda carrera, y Nina, procurando no mirar a Arséntiev, echó a correr hacia abajo por la transparente escalera.

"Ahora mismo hablo con el ingeniero-jefe

—iba pensando— y antes de que sea tarde rehuso este cargo".

Pero abajo, en tierra firme, la gente estaba dedicada a sus ocupaciones, nadie le hacía caso, y en el frío pasillo habían colgado ya una disposición, nombrando a la ingeniera Nina Vasílievna Kravtsova inspectora interina de seguridad del trabajo con un mes de prueba.

* * *

Casi todo el día siguiente se le fué a Nina en estudiar el proyecto de organización de los trabajos, un largo escrito aclaratorio y decenas de enormes planos fáciles de desenvolver y difíciles de doblar. Suspendiendo las visitas, el ingeniero-jefe le habló largamente del peligro que representaban los vacíos sin proteger, los andamios "borrachos" y los tablados en malas condiciones. De primera intención, a Nina se le antojó un poco exagerada la importancia que el ingeniero-jefe atribuía al trabajo de ella. Pero al terminar la conversación, cuando Román Gavrílovich le estrechó la mano y le dijo: "Espero que no haya que cargar sobre su conciencia ningún lisiado", Nina se dió cuenta de que a su custodia se encomen-

daban centenares de vidas y, comprendiéndolo así, llegó a asustarse.

A los dos días le dieron en la oficina un cuaderno y un lápiz, y se fué a recorrer los sectores por primera vez.

En el segundo piso —futura sala de banquetes— vió un andamio hecho de cualquier manera. Como Arséntiev estaba allí con unos cables, Nina dedujo que el andamio se destinaba a los soldadores. Conocedora de la estructura de los andamiajes y tablados desde la época en que estuvo de prácticas, notó inmediatamente el defecto. Allí mismo se hallaba Iván Pávlovich, jefe del sector número tres, acompañado de un carpintero que acababa de clavar el último clavo en aquel tambaleante tinglado de madera. "¿Me acerco o no me acerco?" —vaciló Nina, temerosa de que el burlón de Arséntiev no se contuviera y sacase a relucir lo sucedido dos días antes en el piso dieciséis. "De todas maneras, tendré que verme con él, si no hoy, mañana. Hay que acercarse" —decidió y, llegándose al grupo, preguntó severamente a Iván Pávlovich:

— ¿Qué es esto?

— Un dispositivo auxiliar llamado "andamio", Nina Vasílievna —explicó, condescendiente, el jefe del sector—. Estos son los puntales, y estos los tirantes...

— Son pértigas, y no tirantes —dijo Nina procurando eludir la mirada de Arséntiev.

— ¡Qué pértigas ni qué ocho cuartos! —objetó con la misma condescendencia Iván Pávlovich, dando palmadas sobre la corteza del tablón más grueso—. Hecho con arreglo al proyecto.

— Esto es una pértiga. Y esto también... —replicó Nina, cuya irritación crecía a causa del tono condescendiente de su interlocutor. Y señalando con una cruz los tirantes defectuosos, añadió—: Haga el favor de cambiarlos.

— ¡Qué dice usted, Nina Vasílievna! Usted no está todavía al corriente de las cosas.

— Y los puntales están torcidos. Es un andamio completamente "bornacho".

— ¿Dónde ha visto usted puntales torcidos?

— Aquí. Mire desde este lado.

— Eso será desde ahí. Pero mirándolo desde la otra parte, bien derechos que están.

Arséntiev y el carpintero, que se disponían a marcharse, esperaron con grave semblante a

ver cómo terminaba la conversación de los jefes.

— Allá usted —concluyó Nina—. Si alguien sube a este andamio, lo anotaré como infracción.

— ¿Qué necesidad hay de anotarlo? —se apresuró a objetar Iván Pávlovich, repentinamente serio—. Lo arreglaremos, lo arreglaremos todo. ¿Cómo se te ha ocurrido ponerle esas pértigas, Vasia?

— Lo he hecho del material que me han dado —explicó, sombrío, el carpintero.

— Pues hay que exigir que el material responda al proyecto. ¿Qué puntales son éstos? ¡Cualquier cosa menos puntales! ¡Que todo esté arreglado dentro de una hora!

El carpintero comenzó a desclavar el andamio, y Arséntiev inquirió melancólico:

— ¿Y qué hago yo mientras tanto?

Nina se marchó. Iván Pávlovich la acompañó con la vista y, cuando se hubo alejado, aproximóse al carpintero, diciéndole por lo bajo:

— Espera.

El carpintero lo miró perplejo por encima de su hombro.

— Vuelve a clavarlo. No vamos a hacer caso al primer estornudo de cualquiera. Arséntiev, súbete.

Media hora más tarde, Nina fué llamada por radio al segundo piso. Junto al deslabazado andamio se hallaban el ingeniero-jefe y Arséntiev.

— ¿Usted ha estado aquí? —preguntó el primero a Nina.

— Sí.

— Pues fíjese. —Román Gavrílovich rompió fácilmente con el pie un tirante muy endeble—. Hay que prestar atención a estas cosas.

— ¿Qué ha hecho usted, camarada Arséntiev? —le reprochó Nina con el desconcierto que solía embargarla cuando se sentía engañada.

— Eso debiera preguntárselo él a usted: "¿Qué ha hecho?" —dijo el ingeniero-jefe—. Hay que ser más atenta. De su atención depende la vida de él, ¿entendido?

— Entendido —contestó en voz baja Nina.

— Permítame que le explique, camarada ingeniero-jefe... —comenzó a hablar Arséntiev, pero Nina lo atajó con ceño adusto:

— No hay nada que explicarle. Todo está claro. Vaya a ver al jefe del sector y prevéngale que dentro de una hora pasaré a controlar los andamios.

* * *

Nina se compenetró pronto con su difícil cometido. Cierto que consideraba interina su situación y no hizo el menor cambio en la mesa de escritorio del ingeniero enfermo; no tocó siquiera su dietario, cubierto de anotaciones viejísimas, y se limitó a colocar junto al tintero un vasito con flores. Sin embargo, la interinidad de su cargo no le impedía trabajar "a todo tren", como decían de ella.

El despacho del antiguo ingeniero inspector era una piececita con una ventana que daba a las obras, y asomándose a ella podía verse toda la armadura de abajo arriba. Pero Nina apenas permanecía un momento sentada a la mesa, y los jefes, sin tomarse siquiera el trabajo de telefonearle, pedían directamente al jefe de movimiento que la mandase llamar por radio. Nina pasaba poco tiempo en el despacho porque no quería confiar a nadie el control del cumplimiento de sus disposiciones y, además, porque la irritaba Ajapkin, perito de la

sección de abastecimiento, que un día sí y otro también le daba la lata hablándole de las placas de revestimiento número noventa y dos, cuyo envío retrasaba la fábrica de Járkov. Al cabo de dos semanas, Nina se puso al corriente de sus funciones y al pasar por las escaleras de las obras, doblaba maquinalmente los alambres que sobresalían.

Sin embargo, al finalizar la segunda semana, se sintió tan sola como el primer día: en las obras no había trabado amistad con nadie. Los jefes de sector la consideraban una molestia temporal que alguna vez terminaría igual que la lluvia o el viento, se reían de su constante deambular por las vigas y la criticaban con aire indulgente en las conferencias diarias de jefes. Y los obreros, notando la actitud de aquellos, desobedecían a Nina sin recatarse lo más mínimo y a espaldas de ella no la llamaban por el nombre y el patronímico, sino sencillamente "Seguridad del trabajo". No obstante, Nina logró que a todos los vacíos se los guarneciera con barandas y que no quedase boquete sin red o sin alguna protección provisional.

Los pequeños accidentes, sin embargo, no disminuían. Nina visitó varias veces la vivien-

da colectiva de los obreros con intención de reunir a la juventud y hablarle de las reglas de seguridad del trabajo, pero, no obstante la presión ejercida por la organización del Komsomol, apenas asistió nadie a las charlas organizadas al efecto. Nina se indignó, tildó de indisciplinados a los muchachos y pidió a Xenia Ivánovna, la educadona de la vivienda colectiva, que tomase medidas. Xenia Ivánovna no hizo sino sonreír tristemente, mover la cabeza y responderle que Nina no había visto todavía los casos de verdadera indisciplina que allí se daban y por los cuales se imponían sanciones, consistentes, a veces, en escribir a los padres de los jóvenes indisciplinados en nombre del consejo de la vivienda colectiva: era el castigo más temible para ellos. Xenia Ivánovna terminó proponiéndole que se organizara un baile y, una vez reunidos los muchachos, se celebrase una charla.

Enojóse Nina, alegando que para explicar la técnica de seguridad del trabajo no hacía falta ningún señuelo, y se marchó a su casa. Como la entrevista con Xenia Ivánovna no surtió efecto alguno, resolvió colocar en las obras carteles con breves extractos de las reglas de seguridad. Habló de su proyecto a

Ajapkin, explicóle que los carteles existentes eran muy pocos y mal hechos. Según ella, debían ser sólidos, de hojalata; las letras, dibujadas con pintura al óleo sobre un fondo bonito; y los textos habían de ser llamativos, que se grabasen en la memoria. "Puede que hasta en verso" —añadió insegura.

— ¿Cuántos carteles necesitaría usted? —preguntó Ajapkin.

— Trescientos cincuenta por lo menos.

— ¡¿Cuántos?!

— Trescientos cincuenta.

— ¿Habla usted en serio?... ¿Sabe en cuanto vendrían a salir sus carteles? —arrancó una cuartilla del cuaderno y masculIando atropelladamente: "Lata, cien hojas; aceite secante..., pintura en polvo..., personal..., transporte..., gastos varios...", confeccionó un presupuesto, después de lo cual resumió—: Trece rublos valdrá cada uno.

— ¿Y cuánto vale una persona? —preguntó Nina.

— ¿Qué persona?

— ¿Cuánto vale una persona en nuestro país?

— No sé cuánto valdrá una persona; lo que sé es que trescientos cincuenta por trece

montan cerca de cinco mil rublos. Nadie le permitirá gastar una suma como ésa en cualquier bobada.

Nina tomó la hoja con el presupuesto y fué a ver al ingeniero-jefe. Este accedió a su petición. Lo que no permitió fué que los textos se escribieran en verso. Y al cabo de unos cuantos días, la muchacha de los zarcillos de cobre, llamada Niura, colgaba artísticos carteles, sólo que no en la valla, sino en los lugares de trabajo indicados por Nina. Los letreros, que costaron a ésta dos noches de insomnio examinando las instrucciones, resultaron breves y concretos: "Un instrumento en mal estado es pérfido y peligroso", "No mires a la llama de la soldadura eléctrica"...

Pese a todo, la mano avara de la sección de abastecimiento no pudo por menos de hacerse sentir: en lugar de trescientos cincuenta carteles, se hicieron cincuenta, y en el ángulo inferior de cada uno de ellos, quizá por indicación expresa de Ajiapkin, se leía en letra menuda: "Precio 13 rublos".

A la mañana siguiente, después de colgados los carteles, Nina salió a recorrer las obras. Ya no la atemorizaba la altura, aunque seguía teniendo miedo de andar por las vigas.

En el séptimo piso descubrió la cabeza pelirroja de Mitia que estaba soldando a gas.

— Cuando termine, no deje los restos de carburo en el generador —lo previno.

— Yo eso no lo hago nunca, Nina Vasílievna —Mitia volvió la cara hacia ella.

— ¡Oh! ¿Y por qué trabaja usted sin gafas, Yákovlev?

— Se me han roto —respondió Mitia sonriente—. Las llevaba esta mañana en el bolsillo y, sin darme cuenta, me metí unos alicates y rompí el cristal... Mírelo usted.

Sacó del bolsillo las gafas. Un vidrio estaba algo cascado.

— Se puede trabajar perfectamente —certificó Nina después de examinar las gafas.

— ¿Y si se me mete el cristal en el ojo? —protestó Mitia—. Bien lo sabe usted: un instrumento en mal estado es pérfido y peligroso.

Nina enrojeció. ¡¿Hasta cuándo iban a tomar a chacota sus propuestas y a reírse de sus observaciones?!

— Si tanto teme usted por sus ojos, hace tiempo que debiera haber ido al depósito para cambiar las gafas —dijo, aparentando tranquilidad—. Sin gafas le prohibo que trabaje.

— ¿Cómo voy a bajar desde el séptimo pi-

so y a subir otra vez?... ¿Y el plan, y el cumplimiento de la norma?

— Dígale al maestro de obras que yo le he prohibido trabajar— Nina extrajo el cuaderno y procedió a anotar la infracción.

— Bórrelo usted, Nina Vasílievna...

— No, no lo borro. Esta es ya su segunda falta. Si continúa así, le... escribiré a sus padres, diciéndoles cómo se porta usted en el trabajo.

— Es que yo no le daré las señas.

— No importa, ya me las darán en la sección de personal.

Nina no tenía la menor intención de escribir a los padres de Mitia y ni siquiera acertaba a imaginarse cómo habían podido escapársele tales palabras, pero el altavoz habló desde los cielos repentinamente: "Dentro de diez minutos comienza la conferencia diaria de jefes... Repito..." Y Nina corrió a la oficina del sector número tres, donde había radio y podía oírse todo.

Por el camino adelantó a una muchacha desconocida, de ojos vivaces. Sin quitar la mano de la baranda, la muchacha ascendía lentamente por la escalera metálica, deteniéndose a menudo y contemplando el aguilón de

la grúa en movimiento. "Será nueva" —pensó Nina y siguió corriendo.

En la oficina, instalada provisionalmente en el cuarto piso del edificio, estaba sentado Iván Pávlovich, el jefe del sector, con su invariable sombrero echado hacia la nuca. El sombrero le caía mal a aquella cara ancha, bastota, atezada, y hasta parecía pequeño, pero el jefe del sector no se lo quitaba ni en la oficina, pues estaba siempre dispuesto a huir de ella y a irse a los tajos para salvarse de cosas tan fastidiosas como los papeles y el teléfono.

De pie ante el jefe se hallaba Arséntiev, y ambos tenían cara de enojo y fatiga.

Nina miró recelosa a Arséntiev, temiendo que éste aludiera al lance acaecido en el piso dieciséis. Mas el soldador no estaba de humor para tales cosas.

— Con cuatro personas tendríamos bastante... —decía al jefe del sector.

— ¿Y de dónde quieres tú que las saque? —preguntó Iván Pávlovich con acento apenado—. ¿De dónde?...

— Si no hace falta que conozcan el oficio. Aunque no sean más que cuatro mozas para bajar desde allá arriba cuando lo necesiten los soldadores, hacer recados de poca monta y

cuidar de los transformadores y de los cables. Así el soldador no tendría que perder tiempo en ir de aquí para allá.

Entreabrióse la puerta y se asomó la muchacha a quien Nina adelantara en la escalera.

— ¿No querréis que os sirvan también bocadillos? —ironizó Iván Pávlovich.

— No tendría nada de particular que nos los llevaran —repuso tranquilamente Arséntiev.

— ¿Se puede? —La muchacha volvió a entreabrir la puerta y, no obteniendo respuesta, entró y se plantó junto a la mesa de escritorio.

— ¿Criadas queréis tener? —volvió a la carga Iván Pávlovich sin hacer caso a la recién venida—. ¿De dónde saco yo la gente?

— De estar yo en su puesto, la encontraría.

— Pues tómalo, te lo cedo.

— Vamos, ¿soy tonto acaso?...

Iván Pávlovich quedó pensativo, dando vueltas en las manos al lápiz. Sus pensamientos no debían ser muy halagüeños, pues decidió interrumpirlos y, posando sus ojos fatigados en la muchacha, inquirió:

— ¿Y usted, qué necesita?

— Me han mandado aquí a trabajar. ¿Qué debo hacer?

— ¡A-a-ah, a trabajar! Estupendo. ¿Cómo se llama usted?

— Rodiónova. Lida Rodiónova.

— Muy bien, Lida. Siéntese ahí en el diván y descanse un poco.

— Estoy cansada de descansar —replicó Lida—. Ya llevo dos días descansando. Desde que bajé del tren.

— Para esa desgracia tenemos remedio... ¿Qué tal le parece nuestra casita?

— No está mal. Sólo que demasiado alta. Con tal de que no se caiga...

— No se caerá. La construímos para que dure siglos.

— Bueno, pero ¿y lo de la gente que le he pedido, Iván Pávlovich? —tornó Arséntiev a su tema.

Mas en aquel instante se conectó la radio y la voz ronca del ingeniero-jefe pronunció: "Comenzamos nuestra conferencia. ¿Está en su puesto el jefe del sector número uno?" La voz del requerido contestó: "Presente". Otras voces, masculinas y femeninas, fueron contestando a la misma pregunta: "Aquí estoy" o "Presente". Cuando le llegó el turno a Iván Pávlovich, dijo: "Estoy aquí, y Nina Viasílievna también", y dió un soplido al auricular.

Lida se llegó al armario del despacho y, mirándose al cristal de la portezuela, se arregló la toquilla.

— ¿Puedo desayunar aquí? —dirigióse a Arséntiev.

— Aquí puede hacerse todo menos resolver los asuntos —profirió enfadado él y se sentó en el diván junto a ella.

Lida sacó de la maleta unas tortas y un poco de queso, se puso la toquilla a modo de mantel sobre las piernas y empezó a comer.

— ¿De Siberia? —preguntó Arséntiev.

— ¿Cómo lo sabe usted?

— Nuestras tortas siberianas no nos dejan mentir. ¿De qué región?

— De la de Omsk. Vivo cerca de Ishim. ¿Y usted?

— De la de Novosibirsk.

Nina prestó oído a la conversación llena de curiosidad, de envidia y de pena.

"Dos semanas llevo ya trabajando en las obras —pensó—, y lo mismo los obreros que los ingenieros me tratan como a una extraña. En cambio, esta Lida acaba de llegar y ya se encuentra como en su casa... De fijo que mañana tendrá ya amigas y amigos. Será cosa de

abandonar cuanto antes este desdichado cargo y comenzar a hacer algo que valga la pena..."

— Dicen que a los de Novosibirsk no los quema el sol —continuó Lida su coloquio con Arséntiev—. En cambio, mira qué cara más negra tienes tú.

— Qué quieres. Los soldadores estamos más cerquita del sol que los demás. En las mismísimas nubes. ¿Has hecho algún cursillo?

— No.

— ¿Entiendes algo de la construcción?

— No.

— ¿Has trabajado en la soldadura?

— Tampoco.

— ¿De modo que no sabes ni palabra?

— Todavía no sé nada.

— ¡Una especialista inapreciable! ¿Quieres venirte a trabajar conmigo?

— No sé. Iré adondé me diga el jefe... ¿Qué tendría que hacer si me fuera contigo?

— Nada de particular. A veces hay que traer algunas cosillas de abajo. Así que serías nuestra... No sé cómo decírtelo... Serías la encargada de los recados para que nosotros no nos distrajésemos.

— No entiendo eso muy bien. ¿De modo que sería la encargada de correr para abajo y para arriba? —preguntó Lida.

— ¿Tú qué quieres, entrar de jefa, firmando proyectos?

— ¿Me darán calzado?

— Calzado y ropa de trabajo.

— Pues no sé. Más me valdrá esperar a ver a dónde me manda el jefe...

Nina no consiguió oír más, porque Iván Pávlovich comenzó a vociferar por el auricular.

— ¡La grúa se dedica a llevar ladrillos, y los montadores se pasan horas enteras esperando los soportes! —amenazó a la radio sin cesar en sus gritos—. Los tajos del sector número uno están atestados de ladrillos, mientras en los trabajos principales los montadores pasan el tiempo cruzados de brazos por falta de piezas... Que diga el ingeniero-jefe si eso se llama orden.

— ¿Y qué vamos a hacer los del sector número uno, camaradas? ¿Quedarnos sin ladrillos? —se oyó la respuesta—. Ya sin necesidad de eso Iván Pávlovich se considera jefe supremo de la grúa central.

— A ver si se deja de chanzas el sector número uno —percibióse la voz ronca de Ro-

mán Gavrílovich—. Desdoble el plano de organización de los trabajos. ¿Lo ha desdoblado?

Y aunque el asunto no iba con Iván Pávlovich, también él sacó el plano del cajón de la mesa de escritorio.

— Busque los puntos de ubicación de las grúas —continuó el ingeniero-jefe—. ¿Los ha encontrado? ¿Ha visto el número dos? ¿A qué se debe que hasta ahora no haya usted dejado libre un sitio para instalar la grúa número dos de tonelada y media junto a la fachada izquierda?

— ¿Y dónde meto el depósito? —habló el jefe del sector número uno—. Quería ponerlo en un rincón, pero Nina Vasílievna no me lo permite... Me lo ha prohibido.

— Sí, se lo he prohibido —intervino Nina, quitándole el auricular a Iván Pávlovich—. Lea usted las instrucciones, camarada Reshétov. Debajo de la carga de la grúa se prohibe trabajar.

— Espere, Nina Vasílievna —la interrumpió bruscamente el ingeniero-jefe—. Camarada Reshétov, ¿por qué no ha informado usted de eso hasta el presente? Busque el plano OR-12. Mírelo. ¿Es qué no puede usted colocar la grúa

en el centro del edificio, en las líneas P-R y 10-11? Cómo instalar el bastidor, ya lo pensará usted. Y la grúa central debe pasar plenamente a disposición del jefe del sector número tres.

Iván Pávlovich chasqueó los dedos y, haciendo un guiño a la asombrada Lida, exclamó: "¡Estupendo!"

— El jefe del sector número tres —continuó Román Gavrílovich— ha de tener en cuenta que dentro de veinte días le pediremos la nueva armadura. ¿Está claro?...

Iván Pávlovich sopló en el auricular como quien sopla en el samovar y gritó:

— ¡Román Gavrílovich, Román Gavrílovich, ya le he dicho que en veinte días no podremos terminarla!

— ¿Esa es su opinión?

— Es la opinión de todos. Pregúntele a cualquier obrero. Vaya, aquí está casualmente Arséntiev... Ven aquí, dile al jefe lo que tú piensas —añadió en voz baja, entregando el aparato al soldador.

— ¿Lo digo honradamente?

— ¡Qué duda cabe! No tengas miedo. Siendo imposible, como lo es, no hay nada que hacer.

— ¿Qué piensa usted, Arséntiev? —preguntó el ingeniero-jefe.

Arséntiev tomó el auricular:

— Si la dirección del sector atiende nuestras peticiones, terminaremos la armadura.

"¡Bravo por el muchacho!" —pensó Nina, mientras Iván Pávlovich, atónito por la inesperada salida de Arséntiev, se dejó caer en la silla.

Terminada la conferencia, Nina fué a su despacho, donde encontró a Mitia que, en espera de que ella llegase, conversaba con Ajapkin:

— ¿Cómo voy a tomarme ahora las vacaciones? Las obras se retrasan por culpa nuestra, y yo me voy a marchar. Es un asunto de interés hasta para el Estado.

— No te alteres. Preocúpate de ti mismo, que el Estado ya se preocupará de él —dijo Ajapkin.

— No, no estoy conforme con eso. Mejor será que yo me preocupe del Estado, y el Estado de mí.

— ¿Por qué no se ha ido usted a comer? —preguntóle Nina.

— Hay tiempo —respondió Mitia—. Tengo que hablarle de un asunto.

— ¿De cuál?

— Si le escribe usted a mi madre, no le diga que trabajo allá arriba.

— ¿Por qué?

— Porque no —exigió Mitia con la cabeza gacha—. ¿A usted no le da igual decírselo o no? Mi madre no tiene culpa.

— No lo entiendo, Mitia...

— Poco tiene que entender. La guerra le ha destrozado los nervios. Duerme muy mal. Si se entera de que trabajo allá arriba, dejará de dormir por completo. Cualquiera sabe las cosas que se imaginará.

— ¿No tiene usted padre? —preguntó Nina en voz baja.

— No. Mi madre tiene que ganar para ella y para mis tres hermanos. Está enferma y pronto quedará inútil. Aquí los tengo retratados—. Mitia sacó la cartera y extrajo de ella una fotografía con los bordes desgastados—. Esta es mi madre. Trabaja en el koljós, en la parcela de selección. Esta es Lusia; éste, Viasia; y ésta Alionka, la más pequeña—. Los niños eran delgaditos y muy parecidos entre sí. —Yo les ayudo cuanto puedo; me quedo solamente con lo necesario para comer e ir al cine. Ni siquiera guardo nada para vestirme,

porque no hay suficiente... Cuando bajen otra vez los precios juntaré algo para comprar ropa.

— Si no pienso escribir nada, Mitia. Era una broma.

— Bueno. Y por mí, no pase cuidado: el que anda bien por tierra, no tropieza allí en lo alto.

Nina no se percató de cómo salió Mitia. Sentada a la mesa de escritorio, y puesta la vista en el vaso de las flores, se figuraba al hermano y a las hermanas de Mitia, tan pelirrojos como él, a su madre, que había quedado viuda durante la guerra, y a Mitia yendo a correos para poner los giros.

— ¿Cuándo estarán los trescientos carteles que faltan? —interpeló a Ajapkin de modo tan repentino que éste sufrió una sacudida.

— Cuando haya lata, habrá carteles.

— Oiga usted, camarada Ajapkin, ¿para quién se construye este edificio? —volvió a preguntar ella, conteniendo la indignación a duras penas.

— Para el Soviet de Moscú.

— Para la gente, y no para el Soviet. ¿Usted tiene afecto a la gente, camarada Ajapkin?

— Según qué gente. El director de la fábrica de Járkov no envía el número noventa y dos. ¿Cree usted que debo amarlo tiernamente?

— No me refiero a eso. Me refiero al amor al hombre en general, a la solicitud por el hombre, a la preocupación por la gente que debemos sentir usted, y yo, y todos.

— ¡Haga el favor de no gritarme!

— No estoy gritando. ¿Cuándo tendremos los carteles?

— Ya le he dicho que cuando haya lata.

— Muy bien. Se lo comunicaré al ingeniero-jefe.

Justamente en aquel instante sonó el teléfono: Román Gavrílovich llamaba a Nina para que fuera a verlo.

Ella echó a andar presurosa por el corredor, dispuesta a hablarle de Mitia, de su madre, de las cortapisas que ponía la sección de abastecimiento para confeccionar los carteles y de lo difícil que se le hacía el desempeño de sus funciones.

Román Gavrílovich tenía aspecto de preocupación.

Con gesto distraído, invitó a Nina a tomar asiento y dando vuelta entre sus manos a un

sello entrelargo, leía lentamente un pequeño trozo de papel.

— He oído decir que ha hecho usted bajar a alguien más —comenzó diciendo cuando terminó de leer—. Tenga en cuenta, Nina Vasílievna, que la acertada labor del ingeniero inspector de seguridad del trabajo debe contribuir a elevar el rendimiento... A elevarlo —repitió como si hubiera imprimido la palabra con aquel sello entrelargo.

— Yo creo preferible obligarlos a bajar antes de que se caigan —objetó nerviosa Nina—. Y en cuanto al rendimiento del trabajo, dice usted verdad, sólo que hasta ahora no he recibido ayuda de nadie. Ni tampoco de usted. Cuántas veces habré pedido que se reúna a los obreros para darles explicaciones, que se hagan carteles... y que...

— ¿Qué más? —inquirió el ingeniero-jefe mirando atentamente a la joven.

Ella volvió la cara a fin de ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos. Román Gavrílovich se levantó de la mesa y acercóse a Nina, que tornó a ocultar el rostro, volviendo la cabeza.

— ¿Se le hace difícil? —preguntó el ingeniero-jefe.

Nina permanecía de pie y en silencio, de espaldas a él.

— Tampoco es fácil mi tarea, Nina Vasílievna. He hecho cálculos respecto a la armadura. Los datos son desconsoladores. Hoy llevamos una semana de retraso. Hemos pedido que se nos agreguen montadores y soldadores; la dirección nos ha mandado un papel negándolos. Y usted, por su parte, manda retirar gente del trabajo todos los días.

— No retiraré a nadie más —murmuró Nina.

— No, si no es eso lo que digo. Mantenga usted sus exigencias... Ah, otra cosa: yo en su lugar procuraría no andar por las vigas.

— Usted también anda.

— Tampoco yo debiera hacerlo. Si me ve andando por ellas, écheme de allí —dijo Román Gavrílovich y terminó, tajante—: Pero a usted le prohibo que ande.

Nina hizo con la cabeza un signo de obediencia y, sin pronunciar palabra, salió del despacho.

* * *

Los vecinos de la capital y los que la visitaron en los últimos años admiraron más de una vez las obras de los edificios de gran al-

tura. Se las divisaba desde muchas calles, de mañana, de tarde y de noche. Ya anochecido, cuando había cesado el fragor de las faenas, cuando descansaban las grúas, cuando los esbeltos gigantes parecían dormir arrullados por las bocinas de los automóviles, nadie que los contemplase podía por menos de parar su atención en una luz eléctrica que ardía, solitaria, allá en una ventana del octavo o del noveno piso de una casa a medio construir. Aun no se habían elevado más que hasta la mitad los muros de ladrillo sin enlucir, tachonados de oscuro por los huecos de las ventanas; alzábase sobre las paredes el ramificado esqueleto metálico, y una ventana con los cristales puestos alumbraba hasta bien entrada la noche. ¿Qué luz era aquélla? ¿Quizá el maestro de obras se habría olvidado de apagar la bombilla al marcharse a casa? ¿No sería algún contramaestre que estaba acabando un trabajo de urgencia? ¿O tal vez los impacientes constructores habían terminado una de las innumerables habitaciones para hacerse idea de lo que sería el edificio en un futuro próximo?...

Una luz de este género ardía una tarde en el tercer piso de la casa en que trabajaba Ni-

na Kravtsova, iluminando un futuro aposento de dos habitaciones habilitado por los komsomoles para club. Es usual entre los constructores emplear provisionalmente locales aun no terminados. Paseando por los primeros pisos, suele uno encontrarse entre las pilas de tuberías o los cajones de mezcla una puerta nueva con un letrero que dice "Cantina" u "Oficina del sector número tres"; y el futuro huésped del hotel no se imaginará que, poco tiempo antes, en el mismo aposento que él ocupa, los chóferes compraban leche y refrescos o los maestros de obras celebraban la conferencia diaria.

Aquella tarde se habían reunido en el club los komsomoles para tratar de la emulación socialista. Nina llegó unos diez minutos antes de empezar la reunión y tomó asiento en un rincón. Nadie había acudido todavía. La muchacha de los zarcillos de cobre trajo una jarra de agua, un tapete y un vaso y se marchó. Poco tiempo después, el club comenzó a llenarse. Los komsomoles se presentaban en grupos de tres o de cuatro, separados los muchachos y las muchachas, alegres y bulliciosos todos, pero al ver a Nina adoptaban un tono más bajo, le hacían el saludo desde lejos y se sen-

taban distanciados de ella. La ingeniera recordó con tristeza que también ella, el año anterior, asistía a las reuniones del Komsomol del instituto con un puñado de joviales compañeras, que a su alrededor todos eran amigos y la invitaban a sentarse juntos.

Entró Arséntiev, detúvose junto a la puerta, echó una ojeada en derredor, saludó con descuido a Nina y pasó a las primeras filas. Pese a que el club iba resultando estrecho, a la derecha y a la izquierda de Nina quedaban algunos sitios sin ocupar. Y únicamente Lida Rodiónova, abriéndose paso entre los reunidos, vino a sentarse junto a ella. "Dentro de una semana, también esta rehuirá mi compañía. Ya la habrán enseñado" —pensó entristecida la ingeniera.

— ¿Usted es la que vigila a los obreros? —le preguntó Lida, acomodándose en el estrecho banco.

— Sí, ¿por qué lo dice?

— ¿Cuál es su verdadero trabajo?

— ¿Cómo el verdadero?

— Pues... no sé cómo explicarme... ¿Qué hace usted? ¿Trabaja en la armaduna, en la fábrica de hormigón o en la colocación de ladrillos?

— Me dedico exclusivamente a inspeccionar la seguridad del trabajo —aclaró Nina un tanto turbada—: Me preocupo de que no haya accidentes.

— ¡Pues vaya un trabajo que tiene usted! —exclamó Lida como compadeciéndola. Y guardó silencio.

La secretaria de la organización del Komsomol —la moza ucraniana que trabajaba en la oficina de movimiento y decía una y otra vez "Repito" por el altavoz— ocupó la mesa presidencial y abrió la sesión. Después de elegir rápidamente la presidencia, dos muchachos se lanzaron hacia la mesa, deseosos ambos de ocupar el puesto de presidente y evitarse la engorrosa función de secretario de actas. El afortunado que se erigió en presidente, sostuvo un cuchicheo con la ucraniana y anunció que a la reunión asistían representantes de las obras del inmediato edificio de gran altura, venidos con un reto a emulación. Levantóse la asamblea y empezó a aplaudir; dos muchachos y una muchacha pasaron a la presidencia muy azarados; ellos se colocaron a los costados, y ella leyó el compromiso que contraía el personal de la otra obra. Abarcaba

varios puntos concernientes a la calidad del trabajo, al número de propuestas de racionalización y al cumplimiento de las normas en ciento veinte o ciento treinta por ciento.

— ¿Hay alguna pregunta? —se dirigió el presidente a los reunidos.

— Yo tengo una —sonó la voz de Mitia—. ¿Cuánto os pagan por cada metro de costura soldada en el techo?

La muchacha respondió, y Mitia masculló decepcionado:

— Aquí pagan igual.

— ¿Hay alguna pregunta más? —volvió a hablar el presidente—. Pero que se refiera a lo que se está tratando.

El debate fué inaugurado por Arséntiev. Dijo que el reto, sin duda alguna, había que aceptarlo, tanto más que el punto relativo a las propuestas de racionalización estaba ya cumplido y, para punzar a los huéspedes, propuso que se cumpliera el ciento cuarenta por ciento de la norma. Todos le prodigaron grandes aplausos, excepto Nina.

— Yo quisiera hacer una pregunta a Arséntiev —dirigióse al presidente cuando se rehizo el silencio. Todos se tornaron hacia ella.

— Camarada Arséntiev, ¿por qué ha pro-

— Me dedico exclusivamente a inspeccionar la seguridad del trabajo —aclaró Nina un tanto turbada—: Me preocupo de que no haya accidentes.

— ¡Pues vaya un trabajo que tiene usted! —exclamó Lida como compadeciéndola. Y guardó silencio.

La secretaria de la organización del Komsomol —la moza ucraniana que trabajaba en la oficina de movimiento y decía una y otra vez "Repito" por el altavoz— ocupó la mesa presidencial y abrió la sesión. Después de elegir rápidamente la presidencia, dos muchachos se lanzaron hacia la mesa, deseosos ambos de ocupar el puesto de presidente y evitarse la engorrosa función de secretario de actas. El afortunado que se erigió en presidente, sostuvo un cuchicheo con la ucraniana y anunció que a la reunión asistían representantes de las obras del inmediato edificio de gran altura, venidos con un reto a emulación. Levantóse la asamblea y empezó a aplaudir; dos muchachos y una muchacha pasaron a la presidencia muy azarados; ellos se colocaron a los costados, y ella leyó el compromiso que contraía el personal de la otra obra. Abarcaba

varios puntos concernientes a la calidad del trabajo, al número de propuestas de racionalización y al cumplimiento de las normas en ciento veinte o ciento treinta por ciento.

— ¿Hay alguna pregunta? —se dirigió el presidente a los reunidos.

— Yo tengo una —sonó la voz de Mitia—. ¿Cuánto os pagan por cada metro de costura soldada en el techo?

La muchacha respondió, y Mitia masculló decepcionado:

— Aquí pagan igual.

— ¿Hay alguna pregunta más? —volvió a hablar el presidente—. Pero que se refiera a lo que se está tratando.

El debate fué inaugurado por Arséntiev. Dijo que el reto, sin duda alguna, había que aceptarlo, tanto más que el punto relativo a las propuestas de racionalización estaba ya cumplido y, para punzar a los huéspedes, propuso que se cumpliera el ciento cuarenta por ciento de la norma. Todos le prodigaron grandes aplausos, excepto Nina.

— Yo quisiera hacer una pregunta a Arséntiev —dirigióse al presidente cuando se rehizo el silencio. Todos se tornaron hacia ella.

— Camarada Arséntiev, ¿por qué ha pro-

puesto usted el ciento cuarenta y no el ciento cincuenta o el ciento sesenta?

— ¡Cualquiera cumple el ciento sesenta! —alborotaron los komsomoles—. Eso se dice muy pronto, ¡el ciento sesenta por ciento!...

— Bueno, bueno —prosiguió Nina—. Entonces, ¿por qué no ponemos el ciento diez?

La asamblea calló turbada.

— Aprobamos compromisos muy bonitos —argumentó Nina—, sin preocuparnos en absoluto de que, según el plan, el último soporte de la armadura debe estar colocado dentro de diecinueve días. Y antes de aprobar ese ciento cuarenta por ciento, habría que ver si con ello basta para terminar el montaje de la armadura a su debido tiempo.

— ¿Y si no basta? —inquirió Arséntiev en son de mofa.

— Si no basta, hay que trabajar todavía mejor. Usted, camarada Arséntiev, ha declarado con aplomo que debe aprobarse el ciento cuarenta por ciento. Está seguro de que lo cumplirá y por eso se compromete. Pero el compromiso no ha de servir para demostrar que es usted un héroe, sino para acabar las obras en el plazo fijado.

— ¡No estoy de acuerdo! —gritó una maquinista de grúa—. La dirección debe preocuparse de traer más obreros. Entonces terminaremos a tiempo.

— Hay mano de obra suficiente —se levantó la muchacha ucraniana—. Si todos hubiésemos trabajado con todas nuestras fuerzas desde el principio, no necesitaríamos ni siquiera el ciento cuarenta por ciento. A mi modo de ver, Nina Vasílievna lleva razón. Si se precisa el doscientos por ciento, hay que comprometerse a cumplirlo. ¿Qué opinas tú, Andréi?

— Sería cuestión de pensarlo.

— Una respuesta muy diplomática, digna de las que dan algunos ministros extranjeros en la Asamblea General de la O.N.U.

— A ver qué te crees; no compro los periódicos en balde.

— Vendrá a resultar —lo atajó Nina— que cumpliremos nuestro compromiso, pero la casa no estará lista a su tiempo. Eso no es un contrato de emulación, sino mera charlatanería, camarada Arséntiev.

— ¿Charlatanería? —Andréi se alzó de su asiento y se aproximó a la mesa—. Entonces seguiré charlando. Si observamos los resulta-

dos de las últimas dos semanas, veremos que el rendimiento de los que trabajan arriba ha disminuído. ¿Qué motivos había para ello? Muchos. Pero el principal, según creo yo, consiste en que últimamente han comenzado a preocuparse demasiado de nuestra salud; es una solicitud demasiado tierna, como si estuviéramos en un sanatorio.

Callaron todos. Nina, con una leve palidez en el semblante, seguía de pie junto a la pared.

— Si contamos las veces que por culpa de este humanismo han tenido nuestros muchachos que bajar a tierra —continuó Arséntiev—, si contamos el tiempo perdido a causa de que las faenas se paralizan por cualquier futesa y tenemos que descender desde el piso dieciséis para volver luego a subir, resultarán varias jornadas de trabajo. Yo creo que si alguien tiene facultades para trabajar en un sanatorio, allí debiera irse. Allí podría preocuparse de que nadie se subiera al techo. Pero aquí... Nos vienen con agitación para que cumplamos los planes, y ellos... ¡En fin, no vale la pena de hablar!... —Arséntiev se reintegró a su asiento y desde allí concluyó—: No tengo más que decir.

— Una profesión dañina —oyó Nina una voz que resonó netamente.

Agitóse la asamblea. Mitia pidió la palabra:

— Cuando me trasladaron a estas obras desde aquellas —comenzó a hablar—, lo primero que hice aquí fué soldar esas vigas —así diciendo, señaló al techo y todos levantaron la vista hacia allí—. Una vez estaba soldando y vi venir a un viejecito, gris todo él, con chanclos. Se acercó y me preguntó quién era mi encargado. Naturalmente, se lo dije. Lo apuntó en una libreta y se fué. Unas tres horas después, me trasladaron a otro piso; entonces no se había puesto orden aún en las cosas, y nos trasladaban cinco o seis veces al día. Estoy ya en el otro piso y veo venir otra vez al viejito de los chanclos. Me mira y me pregunta: "¿Quién es su encargado?" Yo, ni que decir tiene, se lo volví a decir. Y por tercera vez, poco antes de dar de mano, cuando me habían trasladado al piso inferior, volvió a ocurrirme lo mismo: se presentó el viejo de los chanclos, preguntándome: "¿Quién es su encargado?"

— Al grano —intervino el presidente—. Es imposible que no te reconociese la tercera vez.

— Si no queréis, no lo creáis. Dimos de mano y se me acercó el encargado Iván Pávlovich: "Por culpa vuestra —me dijo— me han apuntado tres faltas a las reglas de seguridad del trabajo. El inspector ha venido diciéndome que ha visto hoy a tres soldadores trabajando con los cables al desnudo. ¡Qué extraña coincidencia!" Aquél sí que era un ingeniero inspector —suspiró Mitia—. Nunca les daba la lata a los obreros; ni siquiera les preguntaba sus nombres. Cargaba principalmente sobre los jefes. Nina Vasílievna, en cambio, no entiende bien su trabajo. Creo que tendrá en cuenta todo esto.

— ¿Quiere usted decir algo? —preguntó el presidente a Nina.

— Sí —repuso ella y, atravesando una fila de bancos, se llegó a la mesa presidencial.

— Además de lo dicho, propongo que en nuestro contrato de emulación se incluya un punto comprometiéndonos a liquidar por completo los accidentes en todos los sectores. El cumplimiento de este punto corre de mi cargo... —pronunció con voz trémula y, mirando a Arséntiev concluyó—: No tengo más que decir.

* * *

Andréi y Mitia, como la mayoría de los jóvenes constructores de los edificios de gran altura, habitaban en viviendas colectivas, a cosa de quince kilómetros de Moscú. Y diariamente, más o menos desde las siete de la tarde hasta las diez de la noche, en los anchos vagones de los trenes eléctricos de la estación de Kíev, entraban en bulliciosa patulea alegres muchachas y muchachos que, sin reparar en los murmullos de descontento de los pasajeros que iban a sus casas de campo, se situaban junto a las ventanas, se apelotonaban en los pasillos, ocupaban las plazas reservadas por los viajeros para sus amigos retrasados. Las muchachas se acomodaban juntas, extraían el punto para tejer, cuchicheaban acerca de sus asuntos, se leían mutuamente las cartas de sus familias y las más de las veces se dormían en la mitad del camino, apoyando la cabeza en el hombro de una amiga o de un vecino desconocido. Los muchachos llenaban el vagón con sus risas, fastidiaban a las muchachas con sus chanzas y, al oír el pregón del vendedor: "Helados, a rublo y veinticinco kopeks, duros como el hielo, dulces como la miel", compraban sin dilación seis o siete cada uno, agasajando generosamente a sus com-

pañeras. Por no se sabe qué indicios, los revisores identificaban a tiro cierto a los muchachos de la construcción, no les pedían los billetes y en el trayecto anterior a la estación de salida despertaban a los durmientes, aunque muchos no tenían necesidad de ello, pues se despabilaban cinco minutos antes como avisados por un timbre, se arreglaban presurosos las gorras, las toquillas y los peinados, metían en los bolsos sus labores de punto, doblaban las páginas de los libros, requerían los cigarrillos "Bielomor" o "Raketa" y se colocaban en fila en el pasillo para salir.

La reunión en que se trató el contrato de emulación socialista había durado algo más de la cuenta, y los komsomoles hubieron de regresar a sus casas en uno de los últimos trenes nocturnos. Los viajeros eran pocos. Flotaban en la oscuridad las ventanas iluminadas de las casas invisibles y los faroles de las estaciones cercanas a Moscú. Mitia, solo, se aburría. Al cabo de un rato, se levantó para dirigirse al banco vecino, donde dormitaba Andréi con la gorra caída sobre los ojos. Enfrente de él iba Niura haciendo una servilleta a ganchillo. Mitia solía verla en aquel mismo

vagón —el tercero por la cola— en el mismo sitio y con la misma labor.

— ¿Terminará usted para dentro de dos años? —la abordó sentándose junto a ella.

— Si los ociosos no me molestan, terminaré —respondió Niura.

— ¡Vaya, hombre, no se puede ni hablar con ella! Si te tirara del hilo, podrías incomodarte. Pero es que hasta el hablar te molesta. Te diré cómo trabajamos los soldadores.

— Ocho, nueve, diez. . . —musitaba Niura.

— Anteayer, el dieciséis por la mañana, iba a subir a la armadura para soldar unos ángulos —continuó Mitia—. Me puse el cinturón, metí el gancho de mosquetón en la argolla, y la cadena me quedó colgando del costado y sonando igual que un sable. De pronto oí decir: "Camarada Yákovlev". Ya puedes imaginarte que di media vuelta. Miro y veo a nuestra "Seguridad del trabajo". Llevaba puesto un mono nuevo con bolsillitos pespunteados con hilo blanco: como para retratarse. "Ya está —pensé—: ahora empezará a hacer conmigo trabajo de educación". Fué tal y como me lo figuraba. "Perdone usted, camarada Yákovlev —me dijo—. Haga el favor de acercarse". Se quedó a una distancia como de aquí

a la puerta. "Ya está —supuse—: se pondrá a inspeccionarme las gafas". Y yo, como por encargo, llevaba en el bolsillo dos pares: uno para mí y otro para Andréi Serguéievich. Alborozado por la alegría de pensar que no se saldría con la suya, me di tanta prisa, que tropecé con la cadena y caí a sus pies. Cuando me levanté, fué y me dijo: "¿Qué cree usted, camarada Yákovlev, por qué le ha sucedido eso?" "Porque tengo las piernas cortas —le respondí—. Es cosa de nacimiento: la barriga me crece como es debido y los brazos también, pero las piernas no. Quizá será porque me paso la vida sentado".

— Ocho, nueve, diez —seguía musitando Niura.

— "No, camarada Yákovlev —saltó "Seguridad del trabajo"—. Ha sido porque no ha metido usted el gancho en la argolla como mandan las reglas". Y allí me soltó una conferencia, diciéndome que si yo hubiera subido de esta y de esta manera, y hubiese pasado por la viga, y me hubiera enredado en la cadena y me hubiera caído desde allá arriba... En fin, así estuvo charla que te charla, afectando severidad; y mientras tanto, pasaba el tiempo y el trabajo no se hacía. Yo la estuve

oyendo, y aquello no acababa nunca. "¿Por qué la ha tomado usted con nuestra brigada? —le dije—. ¿Quiere usted que le firmemos un papel diciendo que no se acuse de nuestra muerte a la inspección de seguridad del trabajo?" Ella gritó: "¡Camarada Yákovlev!" Yo metí la cadena en la argolla y salí para arriba como un mico. ¿Por qué te cuento todo esto? Porque te enfadas, diciendo que la conversación te impide contar los puntos. Pues ya ves: a nosotros nos impiden cumplir el plan, nos retienen abajo, y no nos quejamos... ¡Por eso lo digo!

— ¿Te refieres a Nina Vasílievna? —inquirió Niura.

— A ella. Cierto que es joven, y no ha trabajado todavía en ninguna parte. Pero es que aprende a costa nuestra. Yo comprendo que a cada cual le guste justificar su salario... Unos construyen, otros destruyen, los de más allá impiden trabajar... Cada uno hace lo que le corresponde. Nos ha perjudicado mucho. De una parte, no nos deja cumplir el plan; y de otra, cobramos menos. En esta paga me han dado sólo trescientos sesenta y tres rublos. Y todo por causa de ella... ¡No sé cómo nos las vamos a arreglar!...

— Os apartáis de ella como si fuera una leprosa. Prueba a hacerte amigo, y se acabará toda la seguridad del trabajo.

— ¡No digas tonterías!

— ¿Tonterías? Invítala a ir al cine o al baile... Es que sois todos unos ceporros.

— Creía que ibas a proponer alguna cosa con talento —enfadóse Mitia—. ¡Como que ella iba a aceptar! En primer lugar, soy pelirrojo; en segundo, tengo cortas las piernas, soy más bajo que ella. ¡Cualquiera se pone a bailar un tango! ¿Te parece que me saldría un tango a mí?

— Es que no va a ser obligatoriamente un tango —objetó Niura—. Puedes entretenerla, contándole cualquier cosilla que venga a pelo, porque cuando te pones a hablar sin necesidad, le vuelves la cabeza tarumba a cualquiera.

— Tampoco lograríamos sostener una conversación. Suelta cada palabra, que no hay quien la entienda. En la reunión de hoy ha dicho "aplomo". ¿Tú sabes lo que significa eso?

— Tiene aplomo el tonto que se cree muy listo —terció inopinadamente Andréi.

— Este es el que debiera hacerse amigo de

ella —se volvió Mitia sorprendido—. De veras, Andréi Serguéievich. Eres alto, conoces muchas palabras...

— ¿Hablas en serio? —preguntó Andréi.

— Completamente. Andréi Serguéievich, todo el personal te pedirá ese favor.

— Que no te vuelva a oír tales cosas —lo cortó Andréi, encasquetándose más aún la gorra sobre los ojos.

Sin embargo, tuvo que recordar la conversación del tren al cabo de unos cuantos días, con motivo de una visita colectiva de la juventud al circo, organizada por el comité sindical de las obras. Asistieron muchos constructores, y a la hora de sentarse, vino a resultar que las localidades de Nina y Andréi estaban juntas. Se deducía, sin lugar a dudas, que antes de distribuir los boletos, Mitia había realizado un sólido trabajo de organización... "¡Mañana nos veremos las caras!..." —pensó Andréi.

Comenzó la función. Corrieron, por el redondel unos caballos cebones que pateaban ruidosamente en la barrera y salpicaban de serrín a los espectadores de la primera fila. El director de la orquesta movía la batuta mirando hacia abajo, y en las pausas, los músi-

cos ponían boca arriba los instrumentos para sacarles la saliva.

Andréi, distraído, posaba la vista en la orquesta, en la gente de uniforme o en la azafranada cabeza de Mitia —sentado lejos de allí, en segunda fila—, percibía el olor a esencia que exhalaba Nina y se mantenía obstinadamente callado.

— ¿Por qué está usted tan sombrío? —interesóse ella.

— No es para menos. Estamos dando al traste con el plan, y no es fácil resignarse... —respondió, displicente, Andréi y tornó a su silencio.

Un hombre vestido de frac salió al redondel anunciando un intervalo. Nina se levantó y se dirigió a la salida. "Se va del todo —conjeturó el soldador—. No debía haberle contestado de modo tan brusco". Transcurridos unos cinco minutos, se presentó Mitia y le preguntó con descaro: "¿Qué tal?" —"De ninguna manera" —replicó Andréi, y Mitia se retiró sonriendo picarescamente. Sonó el primer timbre, sonó el segundo, y Nina sin regresar. Por último, tocado ya el tercer aviso, reapareció con un cucurucho blanco en la mano. Ocupó su puesto, sonrió y dijo:

— Comeremos del propio cartucho, ¿qué le parece?

El papel contenía caramelos: arándanos con azúcar molida. Andréi se comió unos cuantos para demostrar que su enojo había pasado.

— ¿Usted habita también en la vivienda colectiva? —preguntó ella.

— Sí.

— ¿Estudia?

— Por libre, en el segundo curso. Pronto le meteremos mano a la resistencia de materiales. Dicen que es la asignatura más difícil. Las restantes son pura tontería.

— Cuando yo estudiaba, nuestra gente decía: "El que haya aprobado resistencia de materiales puede ya casarse".— Y aunque ella habló sin segunda intención, Andréi la vió turbarse, y el coloquio se apagó. Permanecieron callados hasta el fin de la función; solamente al ver a unos hombres vestidos de marineros dar vueltas en unos trapecios niquelados, dijo Nina: "Sería cosa de saber si se controla muy a menudo la solidez de esos cables". Y Andréi se compadeció de ella.

Ya en la calle, pidió él:

— Permítame que la acompañe.

Echaron a andar por el bulevar Tsvetnói. Del brazo de Nina, el soldador notó lo vaporosa que era, y se le antojó extraño que el viento no la derribase de las estrechas vigas. Torcieron, callados, por el anillo de la Sadóvaia. Negreaba sobre las casas el cielo sin estrellas. Junto al gran edificio de un ministerio, cuyas ventanas, sin excepción, arrojaban luz, varios automóviles "Zim" y "Pobieda" refulgían con su capa de esmalte. En espera de sus jefes, los chóferes habían conectado las radios de sus coches y escuchaban el noticiario de última hora. Kravtsova vivía en una bocacalle cercana a la plaza de Maiakovski. Era una calleja oscura, y únicamente sobre los portales ardían farolillos, en cuyas cubiertas estaban recortados los números de las casas respectivas.

— ¿Qué hace ahí colgado ese cajón? —preguntó ella.

— Es un teléfono de servicio —explicó Andréi—. Los sábados por la tarde hay fiesta en nuestra casa. Venga por allí.

— Ya iré alguna vez. ¿Y para qué sirve el teléfono de servicio?

Andréi comprendió que iban hablando tan sólo porque era violento ir callados todo el

tiempo. Y como Nina se percataba del pensamiento de su acompañante, los dos se sentían desazonados.

Nina vivía en una casa vieja, de tres pisos, con las paredes desconchadas. En la planta baja funcionaba una lavandería.

— ¿Cuándo sale su tren? —inquirió ella.

Andréi consultó el reloj:

— Dentro de una hora y veinte minutos, poco más o menos. A estas horas, los trenes son ya menos frecuentes.

— Pase, entonces, a mi casa. ¿Qué necesidad tiene de esperar tanto tiempo en la estación?

— Pero, ¿se puede?

— Cuando lo invito a usted, es señal de que se podrá —pronunció ella en tono edificante.

En el aposento al que pasaron ardía una brillante lámpara bajo una pantalla con flecos de cristal, alumbrando una mesa redonda dispuesta para la cena. Sobre el limpio mantel había tres cubiertos simétricamente colocados, y junto a ellos, cuchillos y tenedores. En el centro se erguía un frutero con manzanas, y al lado de cada cubierto veíase una servilleta metida en un anillo.

— Nina, ¿vienes sola? —se oyó decir en la pieza contigua.

— No, mamá, traigo un huésped.

En la puerta apareció una mujer pequeñita y canosa que, sin ver todavía a Andréi, pero sonriéndole ya, comenzó a buscarlo con sus ojos miopes.

— Irina Maxímovna —hizo, de buena gana, su presentación—. ¿No quiere lavarse las manos? Ahora mismo vamos a cenar.

Tras ella apareció Vasili Yákovlevich, el padre de Nina, recién llegado del trabajo. Era un hombre alto y sombrío, que no se mostró sorprendido. Llevaba una guerrera de cabricote desabrochada, con galones de ferroviario. Sentóse a la mesa, apartó con los codos los platos, cuchillos y tenedores, alterando su elegante simetría, y preguntó a Andréi con palabra grave:

— ¿Trabaja usted en el mismo sitio que mi hija?

"El padre de Nina Vasílievna debe ser severo. Si supiese los líos que ella arma en las obras, buena le caería" —pensó Andréi y respondió, cauteloso:

— En el mismo sitio, pero no juntos. Ella es jefa nuestra.

— ¿Sí? ¿Y qué tal se porta? ¿Sirve? —volvió a interrogarlo Vasili Yákovlevich sin reparar en la presencia de Nina.

Esta miraba alarmada a Andréi.

— ¡Vaya que sí! —repuso el soldador, tranquilizándola con la vista—. En nuestras tierras de Siberia suele decirse que las muchachas como ella no se doblan ni se rompen...

— Gracias a Dios que, al menos, no deja en mal lugar a su padre —dijo Vasili Yákovlevich.

— Nuestra Nina siempre estudió bien —observó desde la habitación contigua Irina Maxímovna.

— Basta, madre —intervino Nina irritada, y Andréi constató con asombro que en el carácter de ella se manifestaba la rigurosidad del padre—. El estudio y el trabajo son cosas distintas... ¿Por qué se marchó usted de Siberia, Andréi Serguéievich?

— Quería estudiar. Y mi abuela, que es muy atrasada, no me dejaba. Me impedía que comprase libros. Si compraba uno y le ponía un numerito, como si fuera sacado de la biblioteca, no pasaba nada... Finalmente, cayó en la cuenta y lo quemó todo: no dejó más que "El guía del soldador". Reñí con ella, me co-

sí un poco de dinero dentro del forro de la chaqueta, eché mano a una hogaza que había en la cocina y me fuí a la estación.

— Hiciste bien —aprobó Vasili Yákovlevich, partiendo por la mitad una manzana con sus vigorosos dedos.

— Llegué a la estación. Billetes baratos no había. Nada más que de primera. Me descosí el forro y me gasté todo el dinero en el billete.

— Es usted decidido —comentó Nina—. De fijo que le gusta trabajar allá arriba.

— El carácter encamina a cada cual a su profesión. ¿A qué se deben las dificultades de usted? A que su carácter difiere un poco de nuestro trabajo.

— ¿De modo que hay dificultades? —sonrió Vasili Yákovlevich.

— Ella, como todo el mundo, tiene sus defectos —rectificó el soldador—. Pero su tarea es más difícil que la nuestra: hace una labor muy especial. Fíjese: poco tiempo atrás, nos comprometimos a cumplir el plan; nuestra preocupación es el plan; y ella se comprometió a que nosotros no tropezáramos nunca con un clavo. Unos al plan, y otros a los clavos.

— ¿Cómo se ingenió usted para llegar a Moscú sin dinero? —trató Nina de desviar la conversación de aquel tema desagradable.

— Ya le he dicho que tenía una hogaza. Además, los viajeros me ayudaron. Desperté por la mañana y oí hablar en las camas de abajo: un reclutador de mano de obra se estaba quejando de su profesión. Salté desde arriba y me encontré a un tío abriendo con los dientes un bote de calabacines en conserva. Por la tarde, cuando me vió sacar "El guía del soldador", se figuró que yo lo era y comenzó a engatusarme para que me fuese a su organización. Me prometió el oro y el moro. No sólo me dió pan durante el viaje, sino que incluso me traía agua caliente. Así, hasta el propio Moscú. Sin embargo, no me fuí a su empresa: lo ponía todo demasiado bonito y yo me escamé un poco, no fuera a haber algo de cuento. Bueno, pues llegué a Moscú...

— Ya está aquí el té —anunció Irina Maxímovna, entrando con la tetera.

Sólo entonces se acordó Andréi del tren, miró al reloj y se apresuró a marcharse.

Nina lo acompañó hasta la puerta:

— Despedirse con el quicio de por medio es mala señal —dijo Arséntiev.

— Da igual —Nina hizo un gesto de indiferencia con la mano—. No se pondrá peor la cosa.

"Pues, a pesar del confort que hay en su casa, no debe irle muy bien" —pensó Andréi.

— Usted no se desanime —dijo, volviendo a entrar en el pasillo—. No es para alarmarse. Un buen trabajo, como un buen caballo, tarda algo en adaptarse a la persona. Bueno, adiós... Y de mis muchachos me encargaré yo mismo.

Nina cerró tras él y quedó de pie en el pasillo, sorprendida por la incomprensible tristeza que la embargó de repente; se mantuvo así hasta que dejó de percibir en los escalones las pisadas de Andréi y oyó cernarse la pesada puerta de la calle. Entró después en el comedor, se puso a cenar y, dando tiempo a que sus padres se acostasen, tomó asiento en el poyo de la ventana, su sitio preferido desde la infancia, donde se sumió en la meditación con la vista en el cielo, adornado por raras estrellas multicolores. En el aposento reinaba el silencio, alterado únicamente por el sutil tintineo de los flecos cristálicos de la pantalla cuando pasaba algún camión y por el grave y acompasado tic-tac del reloj de pared. Trans-

curría el tiempo. Con ánimo de distraerse, Nina resolvió redactar un proyecto de disposición que Román Gavrílovich le había pedido que confeccionase para el día siguiente. Sentóse a la mesa de escritorio, en la que antaño aprendía de memoria la tabla de multiplicar, llonaba inclinada sobre los problemas que no le salían y diseñaba los planos de fin de curso. Mojando la pluma en un tintero "indernamable" de loza que tenía pegada una calcomanía, escribió: "...Durante la recogida de los escombros en la planta baja del cuerpo central del edificio, sufrió un accidente el jefe de la brigada de obreros de oficios varios". Al llegar aquí, quedó pensativa y vió, patente, el motivo de su mal humor: "Está claro: se debe a que Arséntiev ha tenido lástima de mí y a que, por piedad, ha engañado a mi padre diciéndole que trabajo bien. Y yo con mi silencio estimulaba y aprobaba esta mentira. Ahora pensará que soy una muchachuela cobarde y nada más... Lo pensará, y con razón". Nina sintió aproximarse uno de esos momentos de desesperación en que nada del mundo resulta atrayente.

— Bueno, al fin y al cabo, ¿qué me importa lo que pueda pensar de mí? —dijo en voz

alta. Pero, no obstante haberlo pronunciado con decisión, comprendió que a partir de aquel día la opinión que de ella tuviera Andréi le importaba más que la de sus viejos amigos estudiantes, que la de Román Gavrílovich y hasta que la de su padre.

— Verdaderamente, quizá haya que ir el sábado a la fiesta de la vivienda colectiva —pensó tristemente, dibujando triángulos y redondeles en el proyecto de disposición—. Será curioso ver qué clase de fiestas hacen...

* * *

En la habitación de la vivienda masculina donde habitaba Andréi tardaron en acostarse después de la visita al circo.

Sentado a la mesa, Mitia cenaba, cortando rodajas de salchichón sobre un periódico. Junto a la ventana, un electricista, tendido en su cama con las manos bajo la nuca, miraba, melancólico, al techo.

— No, te digo que no es cierto —afirmaba Mitia mientras untaba de mostaza el salchichón y el pan—. Después de salir del circo, para que lo sepas, los seguí dos manzanas

enteras. Al principio iban separados, y después él la tomó del brazo. Ella le dijo entonces que no iba por el costado que debía, en vista de lo cual, él pasó al otro costado, y siguieron del brazo.

— ¿Vas a tardar mucho en apagar la luz? —preguntó el electricista.

— Ahora mismo termino de cenar y apago. Otro detalle: ¿por qué no ha vuelto todavía? ¿O es que te crees que se ha puesto a montar guardia él solo en el anillo de la Sadóvaia? Son más de la una, y aun no ha venido.

— Eso no significa nada. Apaga la luz.

— Pues ya verás: ahora tendremos otra vez tranquilidad y orden en el trabajo. Ella se dedicará exclusivamente a Andréi Serguéievich. ¿Apuestas algo?

Pero el electricista suspiró y se tornó de cara a la pared. Mitia continuó sentado, meditó un poco, reunió el resto de salchichón y de pan, el cortaplumas y el bote de la mostaza, hizo con todo un envoltorio y lo metió en un pequeño armario. Lavóse luego, se desnudó, se inspeccionó atentamente la dentadura en un espejillo y alargó la mano hacia la llave de la luz, más, oyendo pasos en el corredor, se metió en la cama.

Andréi entró, silencioso, y se dispuso a cenar. De su aspecto nada podía deducirse. Mitia fingió dormir durante unos minutos, hasta que, incapaz de resistir, se levantó sobre un codo:

— ¿Qué tal, Andréi Serguéievich?

— Como se te ocurra decir aunque sólo sea una palabra de Nina Vasílievna —pronunció Andréi pausadamente— te tiro abajo de la cama... Y la habitación hay que adecentarla. Comprar una pantalla o algo... Sería una vergüenza que viniera gente y encontrase esto así.

— ¿Cuándo vais a apagar la luz? —insistió el electricista en su petición.

— Déjalo que cene, hombre —intervino Mitia en favor de Andréi y, arrebujándose en la manta, añadió por lo bajo—: ¿No te había dicho yo que las cosas marchaban a pedir de boca?...

* * *

La emulación de los que trabajaban en la parte superior de los dos edificios se iba haciendo cada vez más apasionante para el personal de las obras.

Una vez, camino de la oficina, observó Nina

mucha gente apiñada ante el cuadro de resultados de la emulación.

— ¿Qué mitin es éste? —preguntó.

— Estamos esperando que pongan el tanto por ciento de ayer —explicó Lida—. Vuestra oficina trabaja muy despacio, Nina Vasílievna.

Nina dió cuenta al ingeniero-jefe, y a partir del día siguiente, la muchacha de acento ucraniano comenzó a transmitir por el altavoz los partes de los trabajos efectuados: al principio, los de las obras propias, y luego los de la casa con la cual emulaban los komsomoles. Durante las emisiones, la gente se congregaba ante los altavoces; los chóferes detenían sus camiones volquete y abrían las portezuelas. "Como cuando transmiten los partidos de fútbol" —sonreía Nina, contemplando desde arriba las obras.

El montaje de la armadura avanzaba con creciente rapidez, y Román Gavrílovich, confidencialmente, dijo una vez a Nina que había posibilidad de darle fin con un día de antelación al plazo fijado por el plan.

En efecto, la armadura había subido mucho en una semana, y ninguno de los constructores dudaba ya que los trabajos se termi-

narían a tiempo. Lo que ahora se requería era adelantar a los komsomoles del edificio vecino, alcanzar una mayor productividad y maestría.

Arséntiev y sus amigos llegaban por la mañana de excelente humor y, contagiadas del mismo, Niura y Lida, puestas a disposición de los soldadores por el jefe del sector número tres, controlaban rápidamente los cables, corrían luego a inspeccionar los transformadores y lograban que en la cantina les despachasen sin cola, declarando que Arséntiev necesitaba limonada.

Los temores de Nina respecto a la actitud de Andréi para con ella no se confirmaron. Por el contrario, después de la visita al circo se hizo más atento, le hablaba sin sombra de burla y no había olvidado su promesa de preocuparse de que los muchachos observasen las reglas de seguridad del trabajo, cosa que le agradaba más que nada. Una vez, pasando por un techo, Nina lo oyó regañar a Mitia por utilizar una escalera en mal estado. Lejos de ir por otra, Mitia se resistió, alegando que aquella servía. Para ver en que terminaba la polémica, Nina se detuvo a cierta distancia. Arséntiev no discutió mucho: "Si te cuesta trabajo ir por la escalera —concluyó— te la traeré yo mismo".

Y se fué por ella. Mitia, atónito, lo acompañó con la vista y comentó con resignación filosófica:

— Viene a resultar que no es él quien ha dominado a "Seguridad del trabajo", sino al revés. Las cosas se han puesto peor que antes. Entre los dos nos harán la vida imposible. —Y, mirando a Niura, agregó—: ¡Vaya unos consejeros!...

— No les cargues la culpa a los demás —protestó Niura—. Fuiste tú quien repartió los billetes para el circo.

— ¿Y quién tuvo la ocurrencia? ¿Te has olvidado ya de lo que me dijiste en el tren? Bien podías haberte mordido la lengua y seguir haciendo punto...

— Si vas a hacer caso a todo lo que te digan...

Aunque Nina no comprendía lo que significaban aquellos billetes y consejeros, un sentimiento de gratitud hacia Arséntiev invadió su alma. Días después, se presentó él a verla llevando consigo el parte meteorológico, que anunciaba fuerte viento, y le rogó que procurase que los montadores no se vieran obligados a interrumpir el trabajo. Ella contestó:

— Así se hará, Andréi Serguéievich. Así se hará sin falta.

Dicho sea de paso, no era tan fácil hacerlo como decirlo. Las reglas prohibían que las grúas trabajasen cuando el viento alcanzara una determinada fuerza, lo cual equivalía a quedarse sin medios para subir soportes y vigas a la parte superior del edificio. Nina reflexionó largamente acerca de cómo salir del apuro y recomendó que los soldadores y montadores acudiesen a trabajar como de ordinario. Al día siguiente sopló el viento, según se esperaba; en el edificio próximo se interrumpió el montaje de la armadura, y el personal regresó a sus casas. Pero Nina llamó a la estación meteorológica, enteróse de que el viento no alcanzaba la fuerza tope y permitió el trabajo en las alturas, advirtiendo a los montadores que descendieran apenas ella lo ordenase por el altavoz.

Durante toda la jornada, Nina estuvo llamando cada cinco minutos a los meteorólogos y, aunque los que trabajaban arriba hubieron de descender dos veces, lograron colocar varios soportes y vigas. Aquella tarde, la dirección de las obras concedió un voto de gracias a Nina, y los montadores pasaron a felicitarla

uno tras otro. Se presentó también Arséntiev. "Lo del voto de gracias está muy bien, nadie lo duda —sonrió—. Pero lo principal es que casi los hemos alcanzado —añadió, señalando con la cabeza el alto edificio que se divisaba en lontananza—. Un día más de trabajo normal, y los rebasaremos".

Nina notó que, al decir "los rebasaremos", el soldador la incluía ya a ella y, quizá por primera vez desde que prestaba servicio en las obras, se sintió feliz y satisfecha.

* * *

Yendo para su casa, Nina recordó que era sábado y que había fiesta en la vivienda de los constructores, lo que la hizo acortar el paso. Atravesó luego la carretera y se encaminó a la estación del ferrocarril, justificando su repentina determinación con el pretexto de que necesitaba ver a las muchachas que trabajaban con los montadores.

Ignoraba dónde pudieran vivir las chicas, pero al salir del tren se encontró con Lida y le rogó que la condujese a casa de Niura.

La habitación en que vivía ésta brillaba por su limpieza casi sobrenatural. A lo largo

de las paredes había cuatro camas estrechas, muy juntas entre sí, arregladas de manera distinta: adornaban la de Niura cojines con aplicaciones y cortinillas de encaje en la cabecera; en otra, la manta estaba recogida con sencillo esmero, y sobre la almohada yacía la toalla doblada a manera de sobre; de la pared cercana a la tercera, cubierta por una sábana muy limpia en lugar de colcha, pendía un tapiz con varios ositos; y junto a la cuarta, con manta de mucho abrigo, hecha de triángulos multicolores, era tal el número de fotografías, que las de arriba, clavadas casi a ras del techo, eran totalmente invisibles. Sentada en un taburete, Niura, igual que en el tren, proseguía su perenne ocupación: el punto.

— ¿Trabaja usted ahora con los soldadores, Niura? —la interrogó Nina.

— Sí. Lida también está con nosotros.

— Pues bien, muchachas, escuchad: ahora que se acercan al cumplimiento del plan, los chicos de la armadura se han soltado el pelo. Esto se notaba hoy particularmente. Si alguna vez observáis que los soldadores no se enganchan o que trabajan sin cinturón, comunicádmelo en seguida... Ahora bien: lo que os digo debe quedar entre nosotras, ¿de acuerdo?

— A Yákovlev da lo mismo decírselo que no decírselo. Es pedir peras al olmo.

— ¿Quién trabaja con Arséntiev? —preguntó Nina levemente turbada.

— Yo —respondió Lida—. Pero Arséntiev es de los que siempre se amarran. ¿Por qué se preocupa usted tanto de nosotros? No puedo explicármelo... ¿Qué le importamos?

— Si Niura se cayera desde lo alto, ¿le importaría a usted?

— Pero es que Niura es amiga mía.

— Cuando trabaje usted aquí un mes o dos serán muchos sus amigos y amigas... ¿Qué es eso? —preguntó de repente Nina casi asustada.

— ¿Qué? Ah, ¿acaso no lo sabía? Es un biberón. Tenemos un niño.

— ¡¿Un niño?!

Niura levantó una colcha, y Nina vió a un niño dormido sobre una gran almohada de plumas entre las cabeceras de dos camas contiguas.

— ¿De quién es?

— Nuestro —repuso Niura, reanudando la labor interrumpida—. De todas nosotras. Su madre es Marusia: ahora vendrá del trabajo. Hay en nuestra casa una "Habitación de la

madre y del niño". Pero decidimos cuidarlo nosotras. Aquí ha nacido, y aquí lo criaremos. Somos cuatro, y siempre hay una en casa... Tú, Lida, cuidado con los mozuelos. Bien está el cortejar, sólo que con talento.

— ¡Déjate de sermones! Es hora de prepararse para la fiesta.

— Aguárdate a que venga Marusia. —Niura lanzó una ojeada crítica sobre los atavíos de Lida y preguntó—: ¿Así piensas presentarte allí?

— Así. ¿Pasa algo?

— ¿Con ese pañuelo tan feo?

En aquel momento, entró una muchacha delgadita de unos dieciocho años: la maquinista de la grúa que llevó las planchas al piso dieciséis para que Nina pudiese llegar hasta la escalera. Sin saludar a nadie, se fué directa hacia el crío, se inclinó sobre él y preguntó:

— ¿Sigue tosiendo?

— No, al parecer está mejor —respondió Niura—. Nosotras nos vamos a la fiesta. ¿Puedo ponerme tu pañuelo?

— Póntelo —accedió Marusia—. Para mí se han acabado ya las fiestas...

Sentóse en la cama y le dió el pecho al niño, mirando por la ventana hacia la cúspide de un árbol solitario. Y Niura, canturreando por lo bajo y con humor festivo, se cambió de vestido y comenzó a empolvarse.

— ¿Viene por aquí su padre? —se interesó Nina.

— No vamos a traerlo amarrado. Ya nos arreglaremos sin él —contestó Marusia sin apartar la vista de la ventana—. Decidles que no pataleen demasiado.

— ¡Yo le sacaría los ojos! —exclamó Lida tras una breve pausa.

— ¿Para qué? Mi amor ya está enterrado —replicó Marusia con el oído atento al alegre alboroto que llegaba del club.

— No necesitamos para nada al padre —añadió Niura—. Sin él nos arreglaremos. Menos mal que Andréi Serguéievich nos ayudó a conseguir que dejasen con nosotras a Marusia y a su hijo...

— ¿Arséntiev os ayudó? —sorprendióse Nina.

— Claro. Es miembro del consejo de la casa. Se fué a ver al director de la vivienda y le dijo: "Ha aparecido el quinto inquilino; inclúyalo, pues, entre los que necesitan suministro". Y nos dieron sábanas para hacer paña-

les... —refirió Niura con voz queda y tranquila.

Las notas del acordeón y las risas se hicieron más netas. Quizá habrían abierto todas las ventanas del club.

— Vete a distraerte un rato —propuso Lida a Marusia—. Dámelo, yo lo meceré.

Llamaron a la puerta y entró Arséntiev.

— ¡Mina dónde te encuentro! —dijo al ver a Lida—. Vente a la fiesta. Hay allí unos bailadores que parecen cabras. Da lástima verlos. Ven y enséñales cómo se baila nuestra "podgórnaia". ¡Ah, está usted aquí, Nina Vasílievna! Vámonos todos.

Acompañada por Arséntiev y Lida, penetró Nina en una espaciosa habitación de atmósfera enrarecida pese a estar abiertas las ventanas. La concurrencia era numerosísima. Arséntiev condujo a Lida hasta un lugar en que dos muchachas cantaban y bailaban acompañadas por un acordeón.

— Toca una "podgórnaia" —pidió Andréi al acordeonista, colocando una mano sobre el fuelle del instrumento.

— ¿Y qué es una "podgórnaia"? —preguntó el tocador.

— Cántasela, Lida.

Lida tomó asiento a su lado y se puso a tararearle la tonada al oído. Escuchándola atentamente, él comenzó a mover poco a poco el acordeón.

Arséntiev regresó al lado de Nina y dijo con severidad a unos muchachos, sentados en un banquillo:

— Dejadle sitio, ¿o es que no la veis?

Sentóse Nina, y el soldador quedó de pie tras ella.

Compenetrado con la sencilla melodía, el acordeonista arrimó la cara al fuelle. Y Lida, que parecía haberlo hechizado, se levantó despacito y quedó plantada, moviendo los hombros y ganando esbeltez a cada segundo. Esperó a que el tocador le diera la salida; se lanzó, pero perdió el compás y, sacudiendo con rabia la cabeza, volvió a colocarse a la espera del acorde propicio. Por último, con grácil arranque, taconeó, marcó un diestro zapateo y, sin preocuparse lo más mínimo de cómo continuar el baile, se puso a reacomodarse el pañuelo mientras el aire acompasado de la música la arrebataba y la conducía cadenciosamente a lo largo de las filas de curiosos, de las mesas, de las paredes, de los periódicos murales y de los carteles.

Aunque Nina tenía a Arséntiev a sus espaldas y aunque no volvió la cara una sola vez, advirtió sin lugar a dudas que la danza y la música habían fascinado al joven; lo vió seguir a Lida con ojos hechizados, y algo semejante a la envidia se removió en su alma: quiso que Lida se fatigase para que cesara cuanto antes aquel baile interminable.

Mientras tanto, los brazos de la bailarina, obedientes ya no a su dueña, sino al prodigioso influjo de la "podgórnaia" de su tierra, se abrían paulatinamente para volver a unírsele en el pecho; y sus piernas volaban en pos de la música, tocando el suelo únicamente para zapatear. Sus labios musitaban: "¡Más rápido!" al acordeonista, y hasta el vestido de percal, recogiéndose en voladores pliegues, parecía bailar.

El tocador arrancó al instrumento la última nota, y Lida, azarada como si por primera vez se hubiera hecho cargo de su belleza, salió corriendo de la sala.

— ¡Esa es nuestra "podgórnaia", Nina Vasílievna! —exclamó Arséntiev tan ufano como si el ejecutante de la danza hubiese sido él—. ¿Qué le parece?

— No está mal, aunque es un poco monótona —respondió Nina y pensó con tristeza: "¡¿Cómo se me habrá ocurrido venir?!"

Después, cuando Andréi la acompañó a la estación, mejoró de humor; y sentada en el vagón, pensó sonriendo: "¿No habrán sido celos? ¡Qué estupidez!"

* * *

Días después se produjo una calamidad: el geodesta negó su visto bueno a nueve soportes que, colocados cuando soplaba el viento, no guardaban bien la vertical. Y aunque la cosa era de esperar —a causa de las prisas con que habían trabajado aquellos días— se alborotaron todos y comenzaron a buscar culpables. Los trabajos no podían continuar hasta que fuese reparado el defecto de los soportes. Después de la jornada, Arséntiev reunió a las muchachas y les ordenó que al día siguiente vinieran antes para comprobar si los cables estaban debidamente colgados en todas partes y si no andaban por los suelos. "Mañana —terminó diciendo— apretaremos de firme y a toda costa".

Al día siguiente, el sol empezó a picar con ahinco desde las siete de la mañana. La jor-

nada prometía ser de mucho calor y bochorno. Lida y Niura fueron de las primeras en llegar a las obras y, una vez cumplido lo que se les encargara, se sentaron en el rellano de la escalera del piso veintidós para esperar a los soldadores.

Arséntiev se presentó con aspecto sombrío y resuelto.

— ¿Sabes silbar? —preguntó a Lida.

— No; ¿por qué lo dices?

— Pues entonces, toma esta llave. Apenas veas por ahí abajo a Nina Vasílievna, pegas con la llave en el soporte.

— ¿Y eso, para qué?

— Tú haz lo que te mandan y déjate de averiguaciones. ¿Está claro?

— Clarísimo. No es para devanarse los sesos —repuso Lida.

Tomó asiento en el rellano y se enfrascó en sus pensamientos, contemplando la azulina llama eléctrica que chisporroteaba, ruidosa, junto a Arséntiev.

La primera vez que Lida se aproximó a la obra, pensó que un edificio como aquél sólo podían construirlo gigantes vigorosos y sabios. Persuadida de que la habían mandado allí por equivocación, estaba segura de que

dentro de una semana a más tardar la trasladarían a otro sitio. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, comprobó que allí había gente sencilla y normal, muchachas como ella y hasta paisanos suyos. A partir de entonces, se puso alegre y a veces, durante la hora de la comida, deambulaba por los pisos y preguntaba a Mitia a dónde iban a parar aquellas tuberías y para qué habían pintado aquellas calaveras en las garitas.

Vió allí multitud de máquinas desconocidas: una bomba con palancas como las de las locomotoras, que empujaba el hormigón hasta el séptimo piso por unas tuberías gruesas. Cuando la bomba funcionaba, el entarimado se estremecía en torno suyo como sacudido por un terremoto. Vió también vagonetas aéreas que, cargadas de material, pasaban sobre su cabeza y se internaban en el edificio sin tocar los cables eléctricos, como dotadas de fuerza y de entendimiento propios.

Una vez se encontró en el octavo piso con una jaula de alambre semejante a la de un ascensor. Apenas se acercó a ella, abrióse la portezuela de la jaula y de su interior salieron unos brazos de hierro que sacaron cuidadosamente un cajón lleno de ladrillos. Deslizándo-

se por unos rodillos en declive, el cajón fué a detenerse en el suelo ante un grupo de albañiles. Los brazos de hierro volvieron a replegarse dentro de la jaula, y junto con ella descendieron, emitiendo un leve silbido.

— ¿Qué es eso? —preguntó Lida.

— Un montacargas —le respondió un albañil—. No te aconsejo que te acerques. ¡Como te aplaste un pie, ya verás lo que es bueno!... Tú no has tropezado todavía con el ingeniero inspector de seguridad del trabajo.

Lida descendió a todo correr y tornó a subir por una escalerilla de hierro hasta un rellano donde se hallaba el cuadro de mando del montacargas. En èl cuadro se veían diversos números. Junto al número del piso que necesitaba material, encendíase una lucecita, y una mujer nada locuaz, concentrada en su faena, ordenaba cargar el montacargas, oprimía un botón, y un cajón de ladrillos tomaba el camino del cielo.

— ¿El mismo se para donde hace falta? —admiróse Lida.

— Claro que sí —contestó la mujer—. Retírate. Por aquí alrededor hay muchos cables de alta tensión. Si te ve Nina Vasílievna, te

echará una bronca, que te olvidarás hasta de tu apellido...

Por todas partes oía Lida hablar de Nina Vasílievna. Se decían de ella muchas cosas, pero predominaban los comentarios de burla y de enojo. Paulatinamente, Lida llegó a convencerse de que Nina Vasílievna reportaba poco provecho a las obras, pues con su extremada rigidez retinaba a la gente del trabajo por cualquier banalidad y a cada momento. "No me cabe en la cabeza por qué Andréi es tan galante con ella" —pensaba Lida.

— ¡Buenos días! —oyó una voz por encima de su cabeza y, alzando la vista, se encontró con Nina. Lida echó mano a la llave con un gesto maquinal, pero era tarde.

— Se ha olvidado usted de lo que le pedí —le reprochó la ingeniera—. Fíjese: Arséntiev está trabajando sin cinturón de seguridad. ¿Le parece bien?

— Me parece mal; pero él mismo me ha ordenado que no lo diga.

— ¿De manera que a él le hace usted más caso que a mí?

— ¿Es que voy a tener que hacer caso a todo el mundo? —la atajó Lida.

Nina la miró y, sin responder palabra, se dirigió hacia Arséntiev, quien sólo advirtió la presencia de ella cuando se levantó la careta protectora para cambiar el electrodo. Al verla, echó a Lida una mirada furibunda.

— ¿Qué significa esto, Andréi Serguéievich? ¿Otra vez sin cinturón? —preguntó Nina.

— Hace calor y es imposible trabajar con él. Peor que con el abrigo puesto.

— En ese caso, suspenda el trabajo.

— ¡Qué dice usted, Nina Vasílievna! Bien sabe que tenemos que recuperar hoy lo que perdimos ayer.

— Lo sé perfectamente, pero hay que ponerse el cinturón, Andréi... ¿A una persona como usted hay que decirle esas cosas?

— Está bien, me lo pondré. Me lo pondré cuando baje a aquel piso. Lo tengo allí colgado —prometió Arséntiev conciliador.

— No; póngaselo ahora mismo —insistió Nina. Pero él se había tapado ya la cara, reanudando su trabajo—. ¿Quiere usted que nos disgustemos?

Nina avanzó por la viga en dirección a él y alargó la mano para quitarle el soplete. Ar-

séntiev se levantó bruscamente el escudo protector de la cara y dijo, amenazante:

— Tenga usted cuidado, no vaya a caerse... Aquí tardarán todavía en poner el piso...

Mitia soltó la risa desde arriba.

— Fíjese, su amigo tampoco tiene puesto el cinturón —exclamó indignada Nina—. Lida, descienda usted y diga que yo he ordenado que desconecten la electricidad.

Lida dirigió a Arséntiev una mirada interrogante.

— No vayas —ordenó el soldador bajando los ojos.

— Pues yo le mando que vaya —repitió Nina palideciendo.

— Usted no puede mandarle nada —replicó Arséntiev sin alzar la vista—. Su jefe soy yo.

Nina comprendía que aquel incidente podía acarrear el derrumbamiento de una amistad edificada con tanto trabajo y que incluso podía desmoronarse para siempre algo mucho más substancial, algo que ya existía y que ella no osaba reconocer. Sin embargo, estrujando en la mano su maltrecha libreta, repitió fríamente:

— Vaya usted, Lida.

Lida volvió la interrogar con la vista a Arséntiev y, encontrando en él una mirada de hielo, profirió en voz baja, aunque decidida:

— No voy.

Pero Niura, que oía, silente y atemorizada, la conversación, suspiró y dijo:

— No hay por qué discutir, muchachos. Iré yo.

Nina regresó al rellano y se detuvo, apretando, nerviosa, la libreta. "Que pruebe la desconectar" —pensaba Lida con la mirada fija en ella. Al cabo de unos diez minutos, se apagaron todas las llamas de los sopletes. Arséntiev dejó el suyo, se levantó la careta y, sin mirar a Nina, preguntó irritado a algún interlocutor imaginario:

— ¿Qué quieres que le haga?

— El año pasado —terció Mitia—, en aquella obra de allí pusieron un portero nuevo, y al día siguiente los camiones no cumplieron el plan, porque cada vez que entraban o salían, el portero de marras les pedía a los chóferes y a los cargadores sus certificados y los comprobaba con los pasaportes. "A ver, Iván Ivánovich —decía—: enséñame tu pase. No lo buscas ahí, hombre. La vez pasada lo llevabas en el bolsillo izquierdo". No había nada que hacer: cumplía las instrucciones al pie de la letra. Pero perjudicaba las obras...

— Yo tengo encomendada la seguridad de la gente, camarada Yákovlev —respondió Nina.

— ¿Dónde se ha visto que la preocupación por la gente vaya en perjuicio de la causa? —gruñó Arséntiev.

— La preocupación por la gente no es perjudicial en ningún caso.

— Pues aquí lo es. ¿Acaso no lo ve usted?

En esto subió al rellano Román Gavrílovich quien se enjugó el sudor de la frente y preguntó, jadeante:

— ¿Quién ha desconectado?

— Ella —Arséntiev señaló a Nina, omitiendo a propósito el nombre—. Me vió sentado aquí sin cinturón de seguridad y ordenó desconectar.

— No sentado, sino trabajando —puntualizó Nina.

— Pónganse inmediatamente los cinturones: usted, Arséntiev, y usted, Yákovlev —dijo con rudeza el ingeniero-jefe, iniciando el descenso. Pero en el segundo peldaño se detuvo y

añadió—. Y usted, Nina Vasílievna, haga el favor de pasar a verme cuando quede libre.

Su voz no presagiaba nada bueno.

* * *

Nina regresó a su casa completamente apenada y encontró las habitaciones en desorden. Su padre estaba preparando las maletas, pues salía de viaje, en comisión de servicio. Mas como no hallara en el guardarropa nada de lo necesario, estaba muy enojado con su mujer, que había salido de compras después de comer y aun no había vuelto. Nina trató de ayudarle, pero las prendas se le caían de las manos, y cuando se puso a contar los calcetines le resultaron primero siete y luego nueve.

— ¿Estás enferma? —le preguntó Vasili Yákovlevich.

— No, papá, lo que si estoy es fatigada. ¡Ojalá vuelva pronto el auténtico ingeniero instructor de seguridad del trabajo! ¡No puedo más!

— ¿No puedes con el cargo?

Nina se sentó a la mesa, apoyó la barbilla en los puños y, después de un breve silencio, respondió, mirando de refilón al padre:

— No puedo, papá.

— ¡Ahí tienes lo que significa un diploma de honor!... —se limitó él a apuntar, pero sus palabras fueron para la hija más dolorosas que el peor de los castigos.

"¡Se acabó! —pensó la muchacha enjugándose las lágrimas—. Desde mañana haré como el otro ingeniero. No llamaré la atención sino a los maestros de obra y a los jefes de sector. Allá se las arreglen ellos. En fin de cuentas, ¿qué me importa a mí Dmítriev, ni su madre, ni Arséntiev?... ¿Y a santo de qué me preocupo así de gente extraña, que ni me va ni me viene? ¿Qué necesidad tengo de todo eso?..."

Por la mañana le costó trabajo levantarse, pero se sobrepuso a sí misma y llena de pesares se encaminó al trabajo. Como siempre, el viejo portero le hizo el saludo y le permitió la entrada sin pedirle el pase. Nina sonrió amargamente al recordar la impaciencia y alegría con que atravesó aquel portalón por primera vez, dispuesta a asombrar al jefe de las obras con su saber y su energía. "Hasta me enfadé porque me pidieron el pase. ¡Si sería tonta!" —volvió a sonreír con pena. Cerca del cartel anunciador de los resultados de la emulación, estaba Mitia apesadumbrado. Contrariamente a su costumbre, no saludó a Nina: echándose

la gorra sobre los ojos, se encaminó a la escalera. En el apartado del día anterior, resaltaba un número de dos cifras. "No han cumplido ni siquiera el cien por cien —pensó Nina—. Han echado por tierna la emulación. La han echado por tierra". Conforme a lo habitual, decidió subir arriba inmediatamente para controlar a los que trabajaban. En la gran sala del segundo piso, detrás de una columna, había varias personas conversando.

— Claro que la culpa la tienen los jefes —reconoció Nina la voz del electricista—. Si llevara más tiempo trabajando, podría exigírsele algo, pero es que está recién salida del instituto. ¿Qué vas a pedirle?... Antes que nada, debió trabajar un poco de contnamaestre.

"Eso lo dice por mí" —adivinó Nina, y todo cuanto la rodeaba se le hizo tan indiferente, que dió la vuelta y echó a andar en sentido contrario, jurándose que no saldría del despacho hasta el fin de la jornada.

El día era más caluroso y sofocante que el anterior. Un polvillo abrasador flotaba inmóvil en el aire caldeado. Valiéndose de las mangas de riego, las muchachas se empapaban de la cabeza a los pies. Habían enronquecido las bocinas de los camiones. Muchos de ellos iban

con el capot del motor levantado. Y en medio de aquellos calores, raros en Moscú, Nina se hizo aun más indiferente a todas las cosas; y en cierto modo hasta insensible. Y cuando Ajapkin la miró, también sin saludarla, a ella le pareció natural y no se enfadó.

Era aburrido y estúpido pasar el tiempo sentada a la mesa de escritorio.

— ¿Cuándo tendremos los carteles restantes? —preguntó Nina con tal de ocuparse de algo.

— Nunca —contestó Ajapkin sin apartar la vista de sus papeles.

— Ni falta que hacen —dijo ella, impasible.

En esto se abrió violentamente la puerta y entró Lida a la carrera. Traía la cara bañada en lágrimas.

— ¡Nina Vasílievna!... —gritó—. ¡Venga corriendo, Nina Vasílievna!...

— ¿Qué pasa?

— Venga aprisa..., Nina Vasílievna... Andréi se ha quedado en el aire.

— ¡¿En el aire?!

— Sí... Se ha caído y ha quedado colgando de la cadena... Y nadie sabe qué hacer...

Nina derribó una silla en su precipitación

por salir del despacho. Junto á un lejano chaflán del edificio, conversaban en voz muy alta y con aparatosos gestos unos obreros que se separaron luego en varias direcciones. Haciendo caprichosas señales y meciéndose en los baches, avanzaba un automóvil blanco del servicio de asistencia médica urgente con visillos de seda. Su presencia ponía una nota extraña entre los camiones volquete, las hormigoneras y los cajones de ladrillos. Nina voló hacia la escalera, oyendo tras de sí el llanto de Lida, ruidoso, a la manera aldeana. De pronto percibió a su lado la voz de Mitia:

— No corra usted, Nina Vasílievna. Todo se ha arreglado. Por si le interesa, está ya en el puesto sanitario...

A la vera del puesto sanitario, se apiñaban los obreros, tratando de mirar al interior por la ventana. La canosa enfermera, con las manos mojadas, cedió el paso a Nina.

Arséntiev, pálido y envuelto en una sábana húmeda, yacía en la cama situada cerca de la ventana abierta.

— Una insolación —declaró la enfermera—. Se ha calentado más de la cuenta.

Nina, jadeante, se dejó caer en una silla. Entró el médico del servicio de asistencia ur-

gente, inspeccionó el aposento con ojos perspicaces, contempló luego a Nina y preguntó, sonriente, a la enfermera: "¿Quién es la víctima, él o ella?". Mas, sin esperar la respuesta, se sentó junto a Arséntiev y le tomó el pulso.

— Mal anda aquí la seguridad del trabajo —reconvino a la enfermera—. Con estos calores hay que vigilar para que la gente no trabaje destocada... Dentro de media hora estará repuesto completamente. —Por no se sabe qué razón, dirigió las últimas palabras a Nina y, despidiéndose de la enfermera, se marchó.

— Nina Vasílievna, váyase a descansar un poco —le aconsejó, cariñosa, la enfermera—. Fíjese qué cara tan horrible tiene.

— ¡Cómo a descansar! —se estremeció Nina—. Hay que controlar ahora mismo cómo trabajan allá arriba...

Henchida de su anterior fuerza juvenil, salió a escape del puesto sanitario y, sin tomar aliento en los descansillos, corrió escaleras arriba. "Ahora los obligaré a adoptar las precauciones debidas —iba murmurando exaltada—. Que me lo reproche el propio Román Gavrílovich; que se rían de mí los montadores: ¡no retrocederé, no retrocederé un paso en mis

exigencias!... Preocuparse de la seguridad de la gente no es cosa tan fácil ni tan simple. Alguna vez lo comprenderá Arséntiev... Aunque puede que no lo comprenda... ¡Pero, de todas maneras, no retrocederé!" Así subió hasta el vigésimo piso. Unicamente allí se detuvo algo más serena. A sus espaldas resonaron unos sollozos: Lida había subido tras ella:

— ¡Oh, cómo corre usted, no había modo de alcanzarla!... ¡Gracias, Nina Vasílievna!...

— ¿Por qué?

— ¡Por Andréi! —Lida la abrazó y escondió su cara, empapada en lágrimas, en el hombro de la joven ingeniera.

"¡Ya me lo esperaba yo!" —pensó Nina fatigada, acariciando la espalda de Lida y sintiéndose en poder de la anterior laxitud e indiferencia.

— Al principio me daba miedo, no quería ir con él a ninguna parte... —habló atropellada Lida—. Las muchachas me habían metido miedo. Pero ayer no pude aguantarme. "Salga lo que salga" —pensé, y me fuí con él al cine. Es un muchacho tan bueno... tan bueno... ¡Un muchacho que, vamos, no sé cómo decirlo!... —Rompió a llorar de nuevo, y de nuevo apretó la cabeza contra el hombro de Nina...

Una sensación, mezcla de hostilidad y de cariño maternal hacia aquella muchacha, inundó a Nina, quien, esperando atemorizada a ver cuál de los dos sentimientos prevalecía, miraba al vacío con los ojos muy abiertos y asida a una barra. La hostilidad arreciaba, pero en aquel instante tintineó la escalera metálica y Mitia subió al rellano gritando:

— ¡Ha vuelto el ingeniero, Nina Vasílievna!

— ¿Qué ingeniero? —preguntó Nina desorientada.

— El que estaba en el hospital.

— ¡Vaya, por fin se han acabado mis tormentos! —exclamó ella y notó al punto que las palabras no llegaban hasta su conciencia.

— Se han acabado mis tormentos —repitió pausadamente—. Ahora puedo buscarme un verdadero trabajo en la construcción. —Al decir esto, comprobó con asombro que la noticia tan largo tiempo esperada no le causaba alegría alguna. La inquietud por la suerte de Mitia, de Andréi, de Niura y de Lida le conmovió el alma. ¿Cómo iba a confiarse a otra persona la vida de aquella gente rebelde? "¡Sí que tiene gracia! —pensó enojada consigo misma—. Tantos días esperando, y ahora me

arrepiento... Esto no es un jardín de la infancia, Nina Vasílievna".

— ¿Por qué se ha puesto tan pensativa? —preguntó Lida.

— Por nada, por nada. Tengo que pasar a otro trabajo. Cuídate tú de...

— ¿Se va usted de las obras?

— No. Ha vuelto el ingeniero inspector de seguridad del trabajo, al que yo sustituía temporalmente. Un hombre de edad y de experiencia. No es lo mismo que yo, recién salida del instituto... Sólo que no creo que vaya a subir nunca hasta aquí. Por eso, haz el favor de preocuparte de los muchachos. Que no trabajen sin gorra en los días de calor. Y cuida también de ti misma. No debes reclinarte, como ahora, sobre la baranda. Tampoco está bien pisar los cables. ¡Quién sabe lo que puede suceder!

Y limpiándose el rostro, humedecido por las lágrimas de Lida, Nina se fué a su despacho.

Sentado a la mesa de escritorio halló a un viejo adusto con unos manguitos de satín negro. El vaso de las flores había sido trasladado al poyo de la ventana. El anciano estaba hojeando una carpeta que contenía las disposiciones dictadas en ausencia suya. Levantó sus claros ojos, envolvió a Nina en una mirada escrutadora y solamente después, alzándose de su asiento con dificultad, saludó e hizo su presentación.

— Las disposiciones no las ha archivado usted en su verdadera carpeta, Nina Vasílievna —agregó.

Cuando iba camino del despacho, Nina tenía el propósito de referir al ingeniero la difícil situación de las obras; pensaba proponerle que de entre los obreros se nombrasen inmediatamente inspectores en cada sector, cuyas candidaturas llevaba preparadas; quería hablarle del desorden existente en los andamiajes y de la falta de carteles. Pero en vez de todo eso, dijo, inesperadamente para sí misma:

— Me da lástima dejar este trabajo...

— ¡Pues no lo deje, tenga la bondad de continuar! —se alborozó el viejo—. Si convence usted al director de las obras, se lo agradeceré en el alma. Hace tiempo que tiene dos solicitudes mías pidiendo el traslado a la sección técnica.

Encamináronse los dos al despacho del director, pero la joven secretaria les dijo que había ido a una reunión y regresaría tan sólo

después de las ocho de la noche. Nina llamó a su casa para que no la esperasen a comer y se quedó después de entrado el segundo turno.

Las faenas de montaje continuaban a la luz de los reflectores.

Nina previno al jefe de movimiento para que la llamasen por el altavoz apenas regresara el director, y subió al rellano del piso veintidós. "¿Me dejarán o no me dejarán en este cargo? —iba pensando conforme subía por los tintineantes escalones—. Si el director se opone, le recordaré que durante mi actuación no hemos tenido un solo accidente que merezca ese nombre. Y si objeta que hubo quejas de mí y que por culpa mía se retrasaban los trabajos de montaje, replicaré que no es justo y que hasta el propio Román Gavrílovich me recomendó que no cediese en mis exigencias... El jefe puede invocar mi poca pericia, y yo le contestaré que en este tiempo he aprendido mucho, que he trabado conocimiento con el personal, que conozco su carácter y que de aquí en adelante todo me resultará mucho más fácil... Diré, además, que aunque me trasladen a otro lugar, seguiré preocupándome por los que trabajan en las alturas y que mi alma estará siempre intranquila por ellos..."

Nina se asombró: ¿por qué anhelaba quedarse en un puesto que tantos sinsabores le había causado y que incluso había constituído un obstáculo para su amor?

"¿No será mejor que todo esto haya terminado?" —pensó mientras subía hasta la cúspide del edificio.

A su vista se ofrecía el panorama del Moscú nocturno.

Luces grandes y pequeñas parpadeaban por doquier hasta llegar al horizonte. Parecía que el cielo estrellado hubiese descendido a la tierna. Nina distinguió las constelaciones de la plaza de Pushkin y de las estaciones del ferrocarril; vió las estrellas fugaces producidas por los arcos de los troles de los tranvías, la Vía Láctea del Parque de Cultura y Descanso, los rojos luceros que refulgían en las cumbres de los edificios de gran altura, la constelación carmesí del Kremlin. Y muy lejos, bien rebasado el horizonte, se alzaban otros celestes resplandores, dando la impresión de que aquel magnificente cielo terrenal no tenía fin.

Y al ver las seductoras e innumerables luces de las ventanas, que resplandecían como estrellitas diminutas, Nina reprodujo en su mente, con acusado relieve, la ciudad entera,

los bancos instalados junto al césped en el Parque de Cultura y Descanso, los anuncios de la película "Defendemos la paz", colgados en la plaza de Pushkin, los esbeltos edificios de gran altura amoblados y alfombrados ya; se representó la ciudad solícita y hospitalaria y comprendió que nada había terminado: que lo mejor de su vida no había hecho más que comenzar.

1952

Serguéi Antónov, novelista soviético, nos muestra en el relato "Su primer empleo" el trabajo del personal de las obras de un edificio de gran altura.

Protagonista principal del relato es Nina Kravtsova, joven ingeniera que al graduarse en el instituto comienza a prestar servicio en dichas obras. El presente librito habla de cómo la colectividad —ingenieros y obreros— ayudó a Nina a compenetrarse con su profesión en la práctica diaria y contribuyó a formar su carácter.